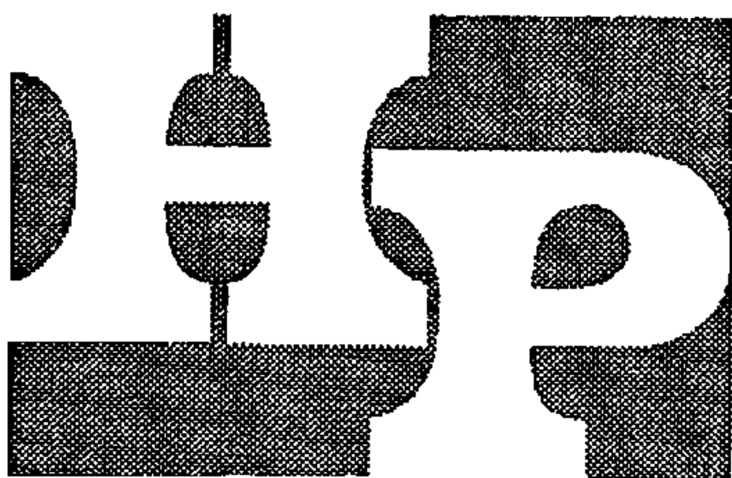


Keith Luger

QUE ME ENTIERREN DONDE CAIGA MI SOMBRERO





Héroes de la PRADERA



Keith Luger

QUE ME ENTIERREN DONDE CAIGA MI SOMBRERO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 322
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

ISBN 84-02-02524-2

Depósito legal: B. 617 -1976

Impreso en España - Printed in Spain

2.ª edición: marzo, 1976

© Keith Luger – 1968

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL, BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva, 2. Baecelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

Charles Orrin acarició el cuello de la mexicana Dolores.

—Nena, te voy a comprar un collar.

—¿De perlas?

—¿Por qué sois tan exigentes las mujeres? No están los tiempos para comprar collares de perlas.

—Pero tú eres el gran Charles Orrin, y en un abrir y cerrar de ojos puedes tener una gran bolsa de dinero.

—Sí, nena. Eso es cierto. Estoy preparando un golpe.

—Entonces tendré mi collar de perlas.

—No, Dolores. Será de cuentas.

—Tengo ya tres de cuentas.

—Te compraré uno que imite las esmeraldas. Vi un collar de ésos en Kansas City hace cosa de seis meses… Estaba en el cuello de una mujer muy elegante. Era de categoría. Y si ella lo llevaba es porque el collar está de moda.

Dolores Ramírez era hermosa, atractiva, seductora. Había llegado tres semanas antes a aquel pueblo famoso en mil millas a la redonda por ser un refugio de forajidos. Cuando el pueblo se fundó, fue bautizado con el nombre de Freetown, pero en poco tiempo fue llamado de otra forma, Pozo del Diablo, y este nombre prevaleció sobre aquél y todo el mundo, cuando se refería a él, lo llamaba de la segunda manera. De modo que ahora, muchísimas personas no conocían en absoluto cuál fue el nombre primitivo.

Forajidos famosos habían recalado en el Pozo del Diablo. Unos permanecieron allí semanas, otros meses, pero todos habían ido por su propia voluntad. Tres representantes de la ley llegaron en distinta época al Pozo del Diablo en busca de hombres requeridos, pero ninguno logró su propósito, y los tres murieron. Dos de ellos

fueron enterrados en el cementerio local y el cadáver del tercero fue enviado a la ciudad de que procedía, habida cuenta de que era padre de familia, envío que se hizo por suscripción entre los propios forajidos.

Hay que señalar que el Pozo del Diablo tenía su propio marshall, pero siempre era un hombre impedido, que ya no podía valerse por sí mismo porque sus facultades físicas se encontraban muy mermadas. Por ello, aquella comisaría podía presumir de haber tenido como jefes a personajes famosos, Alfred Quest que fue elegido después que le amputaron una pierna; Jimmy Juppey, al que unas cataratas dejaron ciego; a Duke Marlowe, que sufrió un ataque de reuma tan fuerte que hasta que murió no se levantó de la cama. Tal puesto era codiciado, y algunas veces un impedido mataba a otro para ocupar su lugar, lo cual no era considerado como injusto.

Ahora, el marshall del Pozo del Diablo era Oíd Forrester que, mientras escapaba de un representante de la ley, había recibido un obús, en el hombro derecho y perdió semanas después el brazo. Al llegar al Pozo del Diablo, lo primero que hizo fue estrangular a Duke Marlowe, y exigir su puesto por incapacidad física. El cargo se le dió en seguida, ya que, como dijo uno de los forajidos: «Un hombre capaz de estrangular con una sola mano, era un hombre de fiar».

Charles Orrin era la mayor celebridad del Pozo del Diablo, porque había sido requerido por cinco Estados.

Charles podía presumir, ya que había cometido no menos de doce asaltos y en tres de ellos estuvo a punto de perder la vida, cosa que hubiese ocurrido de no ser por su puntería y su habilidad con el revólver.

—Cariño —dijo Dolores besándole en la comisura de la boca—. ¿Dónde vas a cometer el golpe?

Orrin seguía teniendo su mano en el cuello de la muchacha y la apretó súbitamente.

Dolores dio un gritito.

—Eh, que me ahogas…

—No, cariño. No te voy a ahogar, te voy a tronchar el pescuezo.

—Pero ¿por qué?

—Por curiosa.

—Eh, Charles, te pregunté por ese asalto como podía haberte preguntado por cualquier otra cosa… No lo tomes a mal.

—¿No, eh?

—No tengo el menor interés por saber dónde vas a pegar el golpe. Te lo juro.

El marshall Oíd Forrester estaba sentado en la misma mesa, durmiendo con la cabeza apoyada en los brazos. Despertó al oír los gritos de Dolores.

—¿Qué infierno pasa? —preguntó.

—Voy a liquidar a Dolores —dijo Charles.

—¿Hace falta meter tanto ruido para eso? —contestó el marshall, y volvió a inclinar la cabeza sobre los brazos para seguir durmiendo.

Dolores estaba aterrorizada.

—Olvídalo, Charles.

—Querías sonsacarme.

—No, Charles.

—¿Quién te mandó aquí, Dolores?

—Nadie.

—¿Quieres decir que viniste por tu propio impulso?

—Así fue. Te dije que antes estuve en Los Madroños, en la cantina de mi primo Ramón. Discutí con él. Todo el dinero lo quería para él. No me daba ni para vestirme. Por eso me largué. Una chica me había hablado de este lugar. Me dijo que aquí podría hacer fortuna, y para ello solo tenía que hacerme valer ante un tipo importante. Tuve suerte al gustarte, Charles… Y ya sabes que desde que llegué sólo he vivido para ti.

Orrin titubeó ante aquella explicación.

Dolores comprendió que tenía casi ganada la partida y se inclinó sobre él y lo besó con más pasión.

Se encontraban en el saloon Galston. Tres hombres pertenecientes a la pandilla de Charles Orrin entraron en aquel momento. Los dos de los lados sujetaron al del medio, quien parecía no tener fuerzas en las piernas para sostenerse.

Charles lo vio llegar y preguntó:

—¿Qué le pasa a Donald?

El más alto de los que sostenían al llamado Donald dijo:

—Tuvo otro de sus sueños.

Donald estaba pálido.

—Charles, hemos de renunciar al golpe.

—¿Por qué hemos de renunciar?

—Saldrá mal.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo he visto en un sueño.

—Tú y tus malditos sueños.

—Te mataban al salir del Banco.

—¿Quién me mataba?

—No lo sé. La bala te llegaba por la izquierda. Volví la cabeza para ver quién había disparado, pero sólo vi una nube…

—Donald, te dije que no me gustaba tu afición a la astrología. Te pasas la vida consultando el horóscopo y haciendo cálculos con los naipes. Esas cosas resultan buenas si uno ve la fortuna de su lado, pero resultan muy feas cuando sólo ve desgracias. Te prohibí que vieses desgracias.

—Charles, no es culpa mía.

—Oh, sí. Ahora me dirás que son los astros, los naipes.

—Lo siento, Charles. Pero así es.

—Conque tú crees en esas malditas supersticiones… Muy bien. Yo te demostraré que te equivocas… ¡En marcha…! ¡Nos largamos!…

* * *

Charles y los cuatro hombres que lo acompañaban detuvieron las cabalgaduras ante el cartel en donde se leía: «Dome Creek».

—Bien, muchachos. Ya hemos llegado. Es aquí donde vamos a pegar el asalto. El Banco está en la calle Mayor, y ahora sabremos si Donald tenía razón… Sí, muchachos, ahora vamos a saber si hay alguien en este pueblo que me está esperando para matarme… Eso resulta muy sencillo de saber.

Movió las bridas de su caballo y se adelantó unas yardas más allá del cartel, pero sus hombres permanecieron en el mismo lugar.

Entonces Charles Orrin se quitó el sombrero con la mano izquierda y lo arrojó al aire mientras gritaba:

—¡Que me entierren donde caiga mi sombrero!…

Desenfundó con la derecha y se puso a disparar sobre el sombrero.

Éste sobrevoló una y otra vez, y por fin, cuando Charles terminó los proyectiles, descendió justamente sobre su cabeza.

Miró a sus hombres. Todos sonreían, incluso Donald.

—¿Lo veis, muchachos? Ha quedado destruido tu sueño, Donald. A mí sólo me matarán donde caiga mi sombrero y esta vez tampoco cayó… ¡Vamos, al asalto!

Charles Orrin lanzó su cabalgadura hacia el pueblo, y sus hombres lo siguieron lanzando gritos.

CAPÍTULO II

El pueblo elegido por Charles Orrin para el asalto era Dome Creek, quinientas millas al norte del Pozo del Diablo.

Dome Creek era un importante centro de contratación y a él acudían los habitantes de la región para comprar y vender mercancías.

Por ello, contaba con un Banco, el de Paul Martin, un hombre que había vivido en Chicago, y a quien los médicos aconsejaron un cambio de aires, debido a una incipiente enfermedad de los pulmones.

Eran las once de la mañana. Wilma Clauss, esposa de Arthur Clauss, almacenista general, fue al Banco para depositar el dinero recaudado durante el día anterior.

La señora Clauss se encontró en la puerta del Banco con la señora Meredith, la modista.

—Señora Meredith, ¿cómo va mi vestido?

—Justamente iba al almacén para avisarla, señora Clauss. Lo tengo de prueba. ¿Puede pasar esta tarde?

—Tendrá que ser a última hora.

—Estupendo. También me vendrá a mí mejor porque tengo que terminar el vestido de la alcaldesa, y ya sabe que es una mujer muy exigente.

Wilma sonrió porque sabía a lo que se refería la señora Meredith. La alcaldesa era muy gorda.

Se despidieron y Wilma Clauss entró en el Banco.

El vigilante, el viejo Lou Craig, se levantó.

—Buenos días, señora Clauss, ¿no cree que nos hace un tiempo demasiado húmedo?

—Buenos días, Lou. La verdad es que yo encuentro el tiempo

magnífico.

—Me han dicho que irá usted a Austin la semana próxima.

—Es lo que tengo planeado.

—¿Querrá ver a mi nieto? Ya sabe que está trabajando para los de la
Wells & Fargo.
Tienen la oficina en la calle principal. Creo que usted ya conoce a mi nieto.

—Oh, sí, conocí a Johnny cuando estuvo aquí el verano pasado. Un muchacho encantador. No se preocupe, Lou. Lo veré.

—Dígale que tenga cuidado con esa muchacha.

—No sé a qué muchacha se refiere.

—A una que trabaja de oficinista en la
Wells & Fargo.
Se llama Mary y le ha echado el ojo a Johnny. Mi nieto me dice en su última carta que es posible que se casen este invierno.

—Perdone, Lou, pero no espere que aconseje a Johnny sobre esa cuestión. Si él se casa con Mary, supongo que está enamorado de ella.

—¿Qué sabe un joven de amor…?

—Me temo que más que una persona de sesenta años —dijo Wilma y, dejando a Lou con la boca abierta, se acercó al cajero.

Matías Meyer saludó a la señora Clauss y ésta le pasó la hoja de depósito que acostumbraba a rellenar en su casa.

—Trescientos veinticuatro dólares —dijo el cajero, echando una mirada al papel. Sonrió a Wilma—. Su negocio va muy bien.

—Arthur y yo no nos podemos quejar.

—Quería hablarle de eso, señora Clauss. Mi hermano quiere venirse al pueblo. Tiene dinero, ¿sabe? Y estaría dispuesto a comprarles a ustedes el negocio.

—Perdone, señor Meyer, pero Arthur y yo no hemos pensado nunca en traspasar nuestro almacén.

—Dicen que todo depende del precio. Verá, señora Clauss. Mi hermano está dispuesto a establecerse aquí. Naturalmente, pondría un almacén y eso no les convendría a ustedes.

—Señor Meyer, vivimos en un país libre y cada cual puede ejercer la profesión para la que se considera capacitado. Si su hermano tiene la idea de dedicarse a la compraventa de mercancías

en Dome Creek, puede hacerlo. Nadie se lo impide.

El cajero carraspeó.

—¿Qué le parece si se lo dice a su marido?

—Se lo diré a mi marido, pero no crea que va a conseguir algo. Conozco bien a Arthur. Seguiremos aquí porque estamos satisfechos de nuestro negocio. Tenemos dos hijos y gozamos de buena salud.

—Está bien, señora Clauss. Espero no haberla molestado… Mi hermano me anunció sus propósitos y yo me he limitado a informarle a usted para conocer su opinión.

—No tiene que disculparse, señor Meyer.

A la otra parte de donde estaba el cajero habían otros dos empleados, la señorita Smith, una eficiente solterona que llevaba las operaciones complicadas del Banco, y Henry Silverman, que tenía una gran experiencia en oficinas porque había trabajado veinte años en la Wester Unión de San Luis.

El director y propietario del Banco, Paul Martin, estaba en un despacho que se ubicaba al fondo.

La señora Clauss sacó los trescientos veinticuatro dólares, que puso delante del cajero.

Entonces entraron cuatro hombres enmascarados en el Banco y el que iba a la cabeza dijo:

—¡Todo el mundo quieto…! ¡Esto es un asalto!

El vigilante Lou Craig había sido sorprendido liando un cigarrillo y, al oír aquellas palabras, su sorpresa fue tan grande que todo el tabaco le cayó del papel.

La señora Clauss volvió la cabeza y, al ver a los enmascarados, su rostro empalideció mucho.

—¡No pueden robar aquí! —dijo.

El hombre que dirigía el grupo, Charles Orrin, rió por debajo del pañuelo.

—Señora, mis hombres y yo formamos una sociedad que necesita ayuda de sus semejantes. Hemos decidido que los ciudadanos de Dome Creek alivien nuestras penas… Y ya basta de cháchara. Cada uno a su trabajo.

Se refería a sus hombres.

Uno de ellos, que portaba un saco, saltó la verja y se metió en la caja con el cajero, al cual dijo:

—Arroja aquí todo el dinero, pájaro.

La señora Clauss vio que los trescientos veinticuatro dólares todavía estaban sobre el tablero y los cogió con rapidez para guardarlos en el bolso. Pero una mano la atrapó por la muñeca.

—Eh, ¿qué es lo que hace? —gritó Wilma.

—Monada, no se debe robar.

—¿Cómo se atreve?

—Nos estás robando a nosotros porque este dinero nos pertenece. Suéltalo o te rompo la muñeca.

Wilma abrió la mano y el dinero cayó al suelo.

Otro hombre de la pandilla de Orrin había saltado la verja. Era Philip Ballou, el lugarteniente de Charles. Tenía órdenes precisas de éste. El debía de enfrentarse con el director, Paul Martin.

Abrió la puerta del despacho.

Paul Martin estaba sentado tras de una mesa y dio un respingo.

—Eh, ¿quién es usted?

—No haga preguntas estúpidas, director. ¿Es que no me ve el pañuelo en la cara y el revólver en la mano? ¿Quién quiere que sea? ¿Blancanieves?… Ande, tipo listo, abra la gran caja.

—¿La caja?

—La que contiene el dinero en grande.

—No tenemos.

—Conque no tienen caja, ¿eh? ¿Y qué es lo que hay a su derecha?

—Me refería a que no tenemos dinero.

—¿Un Banco que no tiene dinero? Oiga, no es usted ingenioso y eso le va a costar la pérdida de la nariz, pero puede perder otra cosa porque le voy a mandar una bala…

—Hicimos entrega de la remesa hace dos días.

—Abra la caja y déjese de tonterías. Sabemos muy bien que la remesa al Banco Nacional no la hace hasta el sábado.

Paul Martin abrió la caja con ayuda de una llave.

Philip Ballou pegó un silbido hacia afuera.

Su compañero, el de la bolsa, que ya había limpiado al cajero, entró en el despacho.

Apenas prestó atención al director, que se había apoyado en la pared y que sudaba como si estuviese en un baño turco.

El de la bolsa se llamaba Steve Grand. Miró el contenido de la caja y dijo:

—Eh, chico, aquí está lo bueno.

—Pues déjala limpia —le contestó Philip Ballou.

—Me voy a llevar hasta la calderilla.

Steve Grand empezó a sacar paquetes de billetes, que fue metiendo en la bolsa.

Fuera, en la dependencia de los empleados y el público, las cosas empezaban a marchar mal para algunas personas.

El cajero metió la mano debajo de unos papeles y sacó un revólver.

Charles estaba atento y apretó el gatillo.

El cajero recibió la bala en el pecho y se desplomó, pero hizo un movimiento extraño con la mano y el revólver voló por el aire y fue a caer a los pies de Wilma Clauss.

Charles Orrin dijo con desprecio:

—Si quería ser héroe, ya lo ha conseguido.

No le dio importancia al hecho de que el revólver estuviese a los pies de Wilma.

Philip Ballou habló desde la puerta de la oficina del director:

—Eh, Steve, date prisa.

—¿Qué pasó?

—El jefe se cargó al cajero.

Wilma Clauss dijo:

—No conseguirán su propósito.

—¿No? —rió Charles Orrin.

—Es mejor que dejen el dinero.

—¿Y por qué habíamos de hacerlo, monada?

—No tardarán en llegar aquí el marshall y otros hombres.

—Será peor para ellos.

Donald estaba vigilando en la puerta de la calle y tartamudeó:

—Eh, jefe, recuerda mi sueño… Te mataban.

—Y yo te demostré que eso no puede ocurrir.

—Las cosas se están poniendo feas. Vámonos de una vez.

—Nos iremos en seguida… En cuanto acaben ahí dentro.

Steve acabó de limpiar la caja, incluida la calderilla, como había dicho. Luego, con mucha tranquilidad, sacó el revólver y golpeó con el cañón a Paul Martin entre los dos ojos.

El director del Banco se abatió sin una protesta.

—Andando, muchachos —dijo Philip.

Los dos salieron de la estancia y corrieron hacia la verja.

Donald estaba cada vez más nervioso.

El vigilante Lou Craig creyó llegado el momento de cumplir con su deber y bajó la diestra hacia el revólver.

Charles Orrin se abalanzó sobre él y le golpeó con el revólver en el cráneo.

Wilma Clauss aprovechó aquella circunstancia para agacharse y coger el revólver.

Disparó sobre Charles Orrin.

Sin embargo, no fue Charles Orrin quien recibió la bala, de acuerdo con el sueño de Donald Rossmore. Fue el propio Donald quien resultó alcanzado por el plomo porque cambió de posición y porque la señora Clauss no tenía mucha puntería.

Donald se derrumbó.

Charles Orrin no consintió que Wilma Clauss volviese a utilizar el arma. Le mandó dos balas.

La mujer lanzó un grito y cayó herida mortalmente en el pecho.

Philip Ballou exclamó:

—Maldita sea, todo está saliendo mal.

—No me vuelvas a repetir lo del sueño… Vamos a salir de aquí ahora mismo —se acercó a Donald y le golpeó con el pie en el costado—. Levántate, chico… Nos vamos.

Donald no se movió. Charles le dio la vuelta con la bota y vio que estaba muerto.

—Que en paz descanses —dijo Charles, e hizo una señal a sus hombres para que saliesen.

Los ciudadanos se habían dado cuenta de lo que estaba pasando y se habían apresurado a alejarse del Banco.

Dick Hieks, el otro hombre de Charles Orrin, el único que no tenía la cara cubierta, se había quedado con los caballos.

Los salteadores montaron en las sillas y se dirigieron hacia el sur de la calle porque en el norte era donde estaba la comisaría.

Nadie los obstaculizó y poco después salían de la ciudad.

Al llegar ante el poste indicador, en el que se leía Dome Creek, Charles Orrin gritó riendo:

—¿No os lo dije, muchachos?… Nadie podrá enterrarme hasta que caiga mi sombrero.

CAPÍTULO III

El marshall de Dome Creek, Jerry Curtís, había dado por terminada la persecución de los salteadores.

Acababa de llegar ante la comisaría con los doce hombres que se habían prestado voluntarios para aquel servicio.

Arthur Clauss, el almacenista, caminó por la acera y era el blanco de todas las miradas.

Arthur se detuvo ante el marshall, que se limpiaba el sudor de la cara con un pañuelo ante el porche de la comisaría.

—¿Y Wilma? —preguntó el marshall.

—Murió.

El marshall irisaba en los cincuenta años de edad y era alto, robusto.

—Lo siento, Arthur.

El almacenista Arthur Clauss era delgado, de mentón prominente. Miró al grupo de hombres que habían cabalgado con el marshall. Algunas de ellos estaban dando de beber a los caballos en el abrevadero.

—¿No ha capturado a alguno, marshall?

Jerry Curtís denegó con la cabeza mientras decía:

—No, Arthur.

—No pueden quedar sin castigo.

—Arthur, tengo malas noticias para ti. Será mejor que te las diga cuanto antes… Esos hombres se fueron al Pozo del Diablo. Tú sabes lo que significa eso.

—¡No, no lo sé!

—Lo quieres ignorar.

—Su deber es castigar a los asesinos de Wilma…

—¿Qué hay del cajero?

—Vivirá… ¡Pero Wilma está muerta!

—Te he dicho que lo siento.

—No basta con que usted lo sienta. Se ha cometido un crimen.

—Esos hombres únicamente querían el dinero. Wilma debió estarse quieta.

—¿Sólo se le ocurre decir eso, marshall?

—Oye, Arthur, estás excitado.

—¡Claro que estoy excitado! Lo estaría usted si hubiese perdido a su mujer…

—No estoy casado, de modo que no vale la comparación.

—Hablemos claro, marshall. ¿No va a ir al Pozo del Diablo?

—Tú sabes cuál es la situación, Arthur. No nos llamemos a engaño. En ese pueblo de la montaña hay más de un centenar de forajidos y todos ellos están unidos por una ley que no está escrita. Están dispuestos a ayudarse, a jugarse la piel por defenderse. No hay un solo representante de la ley que haya entrado en el Pozo del Diablo y saliese por su propio pie.

—Alguien tiene que imponer la verdadera ley allí, y ésta es una buena ocasión para que usted lo haga.

—Arthur, hablé ya de eso con los muchachos que me ayudaron en la persecución. Les dije claramente lo que pasaba, que tendríamos que ir al Pozo del Diablo. Yo habría ido, pero todos se echaron atrás.

—¿Y su ayudante?

—Sólo quedamos mi ayudante y yo.

—¡Son bastantes!

—¿Quieres que Bill y yo vayamos solos al Pozo del Diablo?

—¡Es su deber!

—No adelantaríamos nada con cumplir con nuestro deber.

—Tiene una estrella, usted la eligió, y tiene a su ayudante y también él la aceptó por su propia voluntad. Ahora se ha cometido un asalto en Dome Creek, murió Wilma y un hombre está herido. Usted, como representante de la ley, tiene que capturar a los culpables y me importa un rábano todo eso que cuenta del Pozo del Diablo.

—Te dije antes que estabas obcecado y te lo repito ahora.

—Así que no recibirán su castigo…

—Lo recibirán.

—¿Cuánto?

—No lo sé.

—Yo sí lo sé, marshall. Recibirán el castigo cuando se mueran, en la otra vida.

—No quise decir eso. Esa gente termina matándose unos a otros, o pueden morir un día durante un asalto.

—Conque ése era el castigo a que se refería…

—Sí.

—No puedo esperar, ¿lo oye. Curtís? No puedo esperar a que alguno caiga del caballo y se desnuque…

—Ya te he dicho que pueden morir por efectos de las balas.

—¿Cuándo…? ¿Dónde? Oh, sí, pueden morir en México o en Oregón, pero yo no lo sabré nunca… No, marshall, ése no es el castigo que tienen que recibir… La justicia debe ser rápida cuando muere un inocente… Los culpables deben ser perseguidos hasta el fin, y no debe existir ningún obstáculo para que los representantes de la ley cumplan con su obligación.

—Mi ayudante y yo no podemos ir al Pozo del Diablo. Sería como suicidarnos. Siento que no lo comprendas.

El marshall se dirigió a los hombres que le habían acompañado.

—Muchachos, podéis volver a vuestras casas.

Arthur Clauss respiraba agitadamente. Vio cómo los hombres se retiraban con la cabeza baja. Fue a decir algo al marshall y por último echó a andar y también él se alejó de la comisaría.

Otra vez los ciudadanos lo siguieron con la mirada.

De pronto se oyó una fuerte cabalgada.

Un jinete apareció por el norte de la calle galopando furiosamente.

Al llegar frente a la comisaría saltó de la montura, pero siguió corriendo. Perdió el equilibrio y se cayó, pero volvió a levantarse y se escondió tras de un barril, en la esquina del saloon de Emma.

Sacó el revólver y se quedó mirando hacia el camino que había traído.

Se dio cuenta de que estaba siendo observado por todos y gritó:

—¡Continúen moviéndose y no miren hacia acá, maldita sea!

En aquel momento se oyó otro galope.

Un segundo jinete apareció por el norte de la calle, pero éste no iba tan de prisa como el primero.

Todo el mundo supo lo que iba a pasar.

El jinete que avanzaba se dio cuenta del lugar en donde convergían las miradas de muchos, hacia una esquina, y saltó de la montura.

Lo hizo muy a tiempo porque el hombre que permanecía tras del barril ya estaba disparando hacia él.

Las balas aullaron.

Las mujeres se pusieron a gritar y los hombres se lanzaron al suelo por temor a encontrarse con una bala perdida.

El jinete que había saltado en último lugar de la montura rodó por el polvo de la calle.

El que estaba disparando sobre él rió chillonamente:

—Toma plomo, George Watson… ¿No querías atraparme? ¡Aquí me tienes!

George Watson dejó de dar vueltas, quedó de bruces y en esa posición se puso a disparar.

Su rival dejó de reír de golpe y se tambaleó. A partir de entonces se movió como un muñeco porque empezó a recibir plomo. Finalmente se derrumbó quedando boca abajo, completamente inmóvil.

El hombre que había disparado sobre él se puso en pie.

Se agachó sobre el caído y le dio la vuelta.

—George —dijo el moribundo—. Tú ganaste…

Luego soltó una bocanada de sangre y expiró.

El llamado George le registró la chaqueta y encontró un fajo de billetes. Cogió unos cuantos y dejó el resto sobre el pecho ensangrentado de su enemigo.

El marshall cruzó la calle con la mano en la culata del revólver y se detuvo a unas yardas de Watson.

—Eh, forastero.

Watson se volvió y al ver al representante de la ley le dirigió una sonrisa.

—¿Cómo le va, marshall?

—¿Por qué mató a este hombre?

—¿Es que no lo vio? Si yo no lo hubiese matado, él me hubiese matado a mí.

—Sí, es cierto. Pero ¿por qué pelearon?

—Asuntillos pendientes, marshall.

—¿Quién era el muerto?
—Sam Franch.
—¿Sam el Cojo?
—Así lo llamaban. Como usted puede ver, no estaba cojo. Le pusieron el apodo hace años cuando se hizo pasar por cojo para escaparse de la prisión de Hondo.
—¿Hacia dónde se dirige, Watson?
—Hacia California.
—Entonces se quedará poco tiempo aquí.
—En eso acertó, marshall. Sólo el tiempo indispensable para beber un trago y comprar provisiones.
—Lo celebro.
George Watson se echó a reír.
—No se preocupe, marshall. Soy un hombre de paz.
—Maneja muy bien el revólver para ser un hombre de paz.
—Hoy día se debe manejar bien el «Colt» para abrirse camino. Ya lo vio, marshall un descuido por mi parte y sería El Cojo quien estuviese hablando con usted.
—Sí, tiene razón.
—Hasta la vista, marshall… Ah, se me olvidaba. He dejado cinco dólares sobre el cadáver para pagar el entierro. ¿Es bastante?
—Sí.
George iba a guardar su fajo de billetes, pero tras un titubeo apartó uno de ellos y lo dejó caer sobre el cadáver de Sam el Cojo.
—Póngale una corona de mi parte, marshall.
Watson se acercó a su caballo, lo tomó por las bridas y se dirigió al poste que estaba frente al saloon.
Una vez que hubo atado al animal, entró en el local.
Una rubia estaba cerca de la puerta y le dio la bienvenida.
—Caramba, eres todo un tipo con el revólver.
—Olvídate de eso y alégrame la vida, guapa —dijo George, y la abarcó por la cintura.
Ella rió.
—Cuidado, me haces cosquillas.
Los dos se echaron a reír y fueron hacia una mesa.
—Eh, Norman —dijo la girl al hombre que estaba tras el mostrador—, tráenos una botella y dos vasos.
Se sentaron en la silla y la rubia dijo, ahuecándose el cabello:

—Soy Elaine
O'Hara.

George cerró los ojos y dijo:

—Elaine, un nombre hermoso… Conocí a una Elaine en Virginia, pero supe escapar a tiempo de ella…

La girl se echó sobre él y lo besó en la nariz.

—No va a ser tan fácil librarte de mí, George.

—Cariño, ¿no oíste lo que dije ahí fuera?

—Sí, que te vas en seguida. Pero eso fue porque no me conocías. Tú y yo vamos a hablar de muchas cosas.

La rubia escanció en dos vasos.

—¿Por quién brindamos, George?

—Por ti y por mí.

—No tendrás prisa, ¿verdad?

—Mucha. El Cojo tenía irnos cuantos amigos, y no sería nada de extrañar que alguien se llegase aquí antes de un par de horas.

Elaine dio un respingo y George rió:

—¿Lo ves? Ya no te gusto tanto.

—Es que dices unas cosas que me dan miedo.

—No te preocupes mucho, les saqué un par de horas de ventaja.

—Eres un sol de hombre —dijo Elaine, y besó a George en la boca.

En aquel momento oyeron una voz.

—¿Señor Watson?

George miró a sus espaldas y vio a un hombre delgado.

—Sí, soy Watson. ¿Qué es lo que quiere?

—Mi nombre es Arthur Clauss y tengo un almacén general en Dome Creek.

—Caramba, qué casualidad. Necesito comprar provisiones.

—Se las venderé con mucho gusto.

—Pues hasta luego… Ya pasaré por su almacén.

—Quiero hablar con usted ahora.

—¿No me ve ocupado con la chica?

—Señor Watson, quiero contratarlo.

—Lo siento, amigo, pero no pienso quedarme. Además, nunca he servido como dependiente de almacén.

—No es como dependiente de mi almacén. Quiero contratarle para que use el revólver.

CAPÍTULO IV

George arrugó el ceño al oír las últimas palabras de Arthur Watson.

—Disculpe, señor Clauss, pero no tengo en alquiler mi revólver.

—Dependerá del precio.

—No, se equivoca.

—Estoy dispuesto a pagarle trescientos dólares.

—¿Lo ve usted como se equivoca? No me interesa.

—¿Por qué no?

—Le contestaré, señor Clauss. Usted quiere que use el revólver para matar a alguien. ¿No es verdad? Conteste sí o no.

—Sí.

—Usted me ha tomado por un asesino. Conteste sí o no.

—Por un gun-man.

—Da lo mismo. Para ustedes no existe diferencia entre un gun-man y un asesino. Ahora que se ha aclarado todo, ¿quiere dejarme en paz?

Sin embargo, Arthur Clauss no se movió.

—Elaine —dijo—, té pagaré cinco dólares si nos dejas a solas.

La rubia saltó como si su asiento hubiese sido atravesado por un clavo.

—Eh, Elaine, no puedes dejarme… —dijo Watson.

—Volveré en seguida, cariño —contestó la girl, y se fue hacia el mostrador.

Arthur Clauss ocupó la silla de la rubia.

George le señaló con el dedo.

—Eh, Clauss, no me gusta lo que está haciendo.

—Señor Watson, sólo quiero proporcionarle dinero.

—Ya le he contestado con respecto a eso. No me interesa matar a su enemigo.

—¿Ni siquiera si fuese un mal bicho?

—Tampoco.

—¿Ha oído hablar de Charles Orrin?

—Claro. ¿Quién no ha oído hablar de Charles Orrin? —George se quedó en suspenso—. ¿Se refiere a él?

—Sí.

—¿Es a Orrin a quien debo matar?

—Eso es.

—Olvídeme.

—¿Por qué?

—Charles Orrin está en cierto refugio inexpugnable.

—El Pozo del Diablo.

—Sí, así creo que se llama. Allí se reúnen muchos forajidos, demasiados para un hombre solo. —George se echó a reír—. Y usted me quería pagar trescientos dólares por dejar el pellejo en ese lugar, en el Pozo del Diablo.

—He oído decir que un gun-man cobra doscientos dólares por liquidar a un semejante.

—No lo oyó todo, señor Clauss. Conozco a gun-men que hacen esa clase de trabajo hasta por cinco dólares… También en el negocio de matar rige la ley de la oferta y la demanda…

—¿Cuánto cobraría usted por matar a Charles Orrin?

—Nada. Y con ello no quiero decirle que lo haría gratuitamente, sino que no lo mataría de ninguna forma.

—Entiendo. Según usted, es un trabajo imposible.

—No, no existe nada imposible.

—Me alegra mucho oírle decir eso.

—No confunda las cosas, señor Clauss. Un hombre puede ser muerto en cualquier sitio, pero lo importante no es matar, sino salir del avispero…

—Ya veo que está considerando la posibilidad.

—No estoy considerando nada. Me he limitado a hacer sugerencias a su absurdo plan.

—¿Quinientos dólares?

—Olvídeme, señor Clauss.

Arthur exhaló el aire de sus pulmones.

—Muy bien, señor Watson, ponga usted el precio.

—¿Qué?

—He dicho que ponga usted el precio.

Hubo un silencio entre los dos hombres.

—Señor Clauss, ¿por qué quiere matar a Charles Orrin?

—Orrin y su pandilla asaltaron hoy el Banco del pueblo. Mi mujer, Wilma, había ido al Banco a hacer un depósito de dinero. Orrin la mató en el transcurso del asalto.

—Reciba mi pésame, señor Clauss.

—Gracias.

—Pero no puedo hacer nada por usted.

—¿Por cuánto lo haría, señor Watson?

—No se da por vencido, ¿eh?

—No, no me doy por vencido.

—¿Por qué?

—Porque he visto cómo manejaba el revólver… Su enemigo lo estaba esperando detrás del barril. Usted saltó de la silla en el momento preciso y burló las balas que el otro le envió y, por fin, cuando quedó de bruces, lo agujereó con su plomo.

—¿No se ha preguntado si fue casualidad?

—Estoy seguro de que no fue por azar.

—¿Y por qué está tan seguro?

—Usted es un hombre que inspira confianza, y cuanto más hablo con usted, más me digo que puede ser el gun-man que yo necesito… Ande, señor Watson. Dígame por cuánto lo haría.

—Está bien. Le voy a decir un precio, aunque se caiga de la silla.

—Dígalo.

—Dos mil dólares.

—Trato hecho.

George miró fijamente a Arthur Clauss y se echó a reír.

—¿De qué se ríe, señor Watson?

—Le dije dos mil dólares para que usted echase a correr.

—Pero no me he movido.

—Sí, de eso no hay ninguna duda. Pero voy a decirle algo, señor Clauss. Nadie pagó jamás dos mil dólares a un

gun-man
para que matase a un semejante.

—Celebro ser yo el primero.

—Hay otra cosa, señor Clauss.

—¿A qué se refiere?

—¿Qué seguridad tiene de que yo lo voy a cumplir? Suponga que le acepto los dos mil dólares. Es costumbre pagar la mitad por adelantado.

—Le pagaré esos mil como adelanto.

—A eso iba, señor Clauss. ¿Quién le asegura a usted que no me largaré con los mil dólares? Es toda una fortuna. Yo nunca cobré esa cantidad. Para ser más exacto, jamás logré reunir ese dinero de una sola vez.

—Señor Watson, yo estaba muy enamorado de Wilma, la quería con todas mis fuerzas. Tenemos dos hijos… Todavía no saben que su madre ha muerto.

—Comprendo su tragedia, pero…

—Déjeme terminar, señor Watson.

—Adelante.

—Esos hombres, capitaneados por Charles Orrin, han destrozado una familia feliz. A partir de ahora, todo va a ser distinto. Yo estaré solo para preocuparme de mis hijos, y, por muy bien que lo haga, no será lo mismo. No, señor Watson, no será lo mismo que cuando estaba Wilma. ¿Se da cuenta del daño que Charles Orrin les ha hecho a esos niños? Yo no cuento, señor Watson, a pesar de que estaba muy enamorado de Wilma. Son esas pobres criaturas… Por eso deseo que Orrin reciba el castigo. Creí que la ley se ocuparía de eso, pero el marshall de nuestra ciudad ha dicho que no puede ir al Pozo del Diablo. Ya mataron allí a tres representantes de la ley que trataron de cumplir con su deber.

Arthur Clauss guardó silencio y George Watson lo respetó.

—Bien, ya lo sabe todo —dijo el almacenista, y se puso en pie.

—Pasaré dentro de un rato por su almacén, señor Clauss.

—¿Irá por las provisiones?

—Sí, pero también por los mil dólares de adelanto por matar a Charles Orrin.

El rostro de Arthur Clauss se relajó.

—Se lo agradezco, señor Watson.

—No me lo agradezca. Sólo lo hago por el dinero. No crea que me ha tocado la cuerda sentimental.

—Lo estaré esperando, señor Watson —dijo Arthur Clauss, y se apartó de la mesa.

CAPÍTULO V

La ciudad de Eferding se encontraba a ciento cincuenta millas de Dome Creek, y a doscientas del Pozo del Diablo.

El marshall de Eferding se llamaba Oscar Endicott, y, según rumores, había pertenecido a la pandilla de guerrilleros de Quantrell, que se hizo famosa durante la guerra civil.

Oscar, un hombre duro que tenía una forma muy personal de aplicar la ley, era temido y respetado a la vez.

Eferding no se encontraba en la ruta que conducía al Pozo del Diablo, ya que, entre las dos ciudades, se alzaba una gran cordillera de montes, por lo que era poco frecuente que Eferding fuese visitada por los refugiados del Pozo del Diablo.

Y cuando, excepcionalmente, algún fuera de la ley llegaba a Eferding, Oscar Endicott se encargaba de él.

Todo el mundo recordaba la paliza que Oscar pegó a Jimmy El Tuerto. Literalmente lo convirtió en astillas. No se recordaba otra pelea como aquélla en Eferding. Había durado quince minutos. Jimmy el Tuerto medía dos metros y pesaba noventa y cinco kilos, contra el uno setenta y los ochenta kilos de Oscar Endicott.

En el transcurso de su lucha, habían destrozado cuatro mesas y seis sillas del saloon de Edgar Nobby… Continuaron la pelea en la calle, donde prosiguieron su devastación, ya que reventaron el abrevadero y el escaparate de ropas femeninas de *madame* Lucille. Los dos habían entrado por el escaparate pegándose golpes, y fue allí, en el interior de la tienda de vestidos, en donde Oscar logró una ventaja decisiva sobre su antagonista. Se valió de un corsé que puso a Jimmy a la fuerza, sujetándole los brazos, para luego ultimarlo con un derechazo y un izquierdazo impresionantes.

Oscar tenía un ayudante. Se llamaba Jules Nelson, de veintidós

años, un muchacho estudioso que había aceptado el cargo para pagarse un curso de leyes por correspondencia. Quería ser abogado, pero no ejercería allí, se iría al Este, a una ciudad como Kansas City, o quizá San Luis.

Era el polo opuesto a su jefe, ya que Jules tenía educación, suaves maneras y vacilaba mucho a la hora de tomar una decisión. Era una suerte para él que Oscar poseyese un carácter tan dominante. Jules se limitaba a dar cuenta a su jefe de cualquier anormalidad en el pueblo, y de esa forma descargaba su responsabilidad sobre Oscar.

Eferding poseía algo que la diferenciaba de otra ciudad de su clase en la comarca, y quizá en el Estado. No tenía doctor. Tenía doctora.

Ella era Martha Korthy, una mujer de veintiséis años. Sólo había dos que había terminado la carrera.

Seis meses antes, había muerto el viejo doctor Guy Barnard, que ejerció su profesión en Eferding durante los últimos veinte años. El municipio trató de conseguir los servicios del doctor James Harvey, que residía en Emporium, pero al doctor Harvey no le interesó la oferta. Entonces, el alcalde no tuvo más remedio que dirigirse a la Asociación Médica de la capital del Estado, solicitando un doctor. Y un día se recibió el telegrama anunciando la llegada del doctor M. Korthy.

Y resultó una mujer.

La primera impresión fue terrible.

El alcalde escuchó a una comisión de ciudadanos. Solicitaban que la doctora Korthy fuese relevada inmediatamente. Todos estaban de acuerdo en que Martha era muy atractiva porque poseía juventud, belleza y un cuerpo escultural, pero también coincidían en que una doctora así era muy poco conveniente para la salud de los ciudadanos.

El alcalde escribió de nuevo a la Asociación Médica solicitando otro doctor, pero recibió un oficio diciendo que había escasez de médicos en todo el Estado y que debían aceptar a Martha Korthy, al menos por un período de dos años.

Con eso se solucionó provisionalmente el problema.

Para Martha Korthy el problema no se solucionó de ninguna forma. Era muy rara la mujer que la llamaba. Sólo cuando su

marido, su hijo o algún familiar se encontraba en las últimas. Casi todos sus clientes eran masculinos, y la mayoría de ellos se hacían pasar por enfermos para sentir el roce de sus dedos sobre la piel, o para admirar su figura mientras evolucionaba a su alrededor.

Sí, Martha Korthy tenía muy pocos enfermos, pero quizá, por compensación, tenía muchos admiradores.

Aquella mañana, poco después de las diez, el marshall Oscar Endicott estaba en su oficina redactando el presupuesto para el año siguiente, que debía presentar al municipio, cuando su ayudante Jules entró bruscamente.

—Jefe, tenemos una visita importante.

—¿El senador Smith?

—No.

—Entiendo, el representante del gobernador. Dijo que vendría por aquí a final de mes.

—No, señor Endicott, tampoco es el representante del gobernador.

—Habla de una vez, Jules. ¿De quién se trata?

—De Charles Orrin.

El marshall se quedó sin habla mirando a su ayudante.

—¿Estás seguro?

—Sí, señor. Vi una vez a Charles Orrin.

—¿Dónde lo viste?

—En Los Álamos. El estaba allí de paso.

—Bueno, entonces es una confusión. Eso es frecuente. Vemos a una persona que nos impresiona y luego creemos verla en muchos lugares.

—No tengo ninguna duda, marshall. Le acompañan otros cuatro hombres y todos tienen facha de forajidos.

—Suponiendo que no te equivoques, se habrán largado ya de la ciudad.

—No, marshall. Se detuvieron. Están en el saloon de Edgar Nobby.

Oscar Endicott arrugó el ceño.

Jules señaló el montón de papeles que había en la mesa, a la derecha.

—Creo que el telegrama está ahí, jefe… Ya sabe, que se recibió hace cuatro días.

El Marshall buscó entre los papeles y sacó uno. —El telegrama que le había sido enviado desde Dome Creek. Leyó su contenido en voz baja más para sí que para Jules:

> «Banco asaltado por Charles Orrin y cuatro hombres. *Stop*. Se llevaron veinticinco mil dólares. *Stop* Mataron a Wilma Clauss. *Stop*. Cajero herido gravemente. *Stop*. Marshall Jerry Curtís».

—Infiernos —dijo Jules—. ¿Por qué ha tenido que pasarnos a nosotros? ¿Por qué tuvo que venir aquí? Ha podido elegir otro sitio para llegar al Pozo del Diablo.

—Ahora no sirven de nada las lamentaciones, Jules. Charles Orrin eligió este camino, el de Eferding, para llegar a su refugio. Ésa es la realidad con la que debemos enfrentamos.

—¿Qué va a hacer, jefe?

Oscar tabaleó con los dedos sobre el telegrama.

—Voy a detenerlos, Jules.

—¿Cómo?

—Tienes que echarme una mano.

—Pero yo no puedo enfrentarme a esa clase de tipos; Sé muy bien lo que han dicho de Charles Orrin. Es un asesino.

—Recuerda que eres mi ayudante.

—Sí, señor Endicott, soy su ayudante, pero hay ciertas situaciones que usted ha solucionado sin necesidad de que yo arriesgue la piel.

—Nunca tuvimos de visita a Charles Orrin y su pandilla. De modo que nunca pude solucionar un caso como éste… ¿Tienes miedo, Jules?

—Sí, mucho. Mentiría si le dijese que no.

—Sólo tendrás que cubrirme.

—¿Qué se le ocurre?

—Primero entrarás tú, Jules.

—¡Oh, no!

—No sacarás el revólver. De modo que no correrá ningún peligro. Entrarás por la puerta principal. Te iras derecho al mostrador y pedirás un vaso de *whisky*. Cronometraremos nuestros

relojes. Entrarás a las diez y cuarto en punto y harás lo que te he dicho.

—¿Qué más?

—A las diez y media llamarás la atención de Charles Orrin y su pandilla.

—¿Y cómo voy a llamar su atención? No querrá que lo comprometa…

—No, no hace falta que lo comprometas. Simplemente, puedes dirigirte a él y preguntarle: ¿Es usted Charles Orrin?

—Pero él me mandará una bala.

—No puede mandarte una bala porque le preguntes si es Charles Orrin.

—Me puede contestar desabridamente. ¿Qué debo hacer entonces?

—Contéstale cualquier cosa. Sólo quiero que lo entretengas. Elige las palabras para que no se ponga nervioso. Además, Charles Orrin es un hombre que sabe sacar las medidas a su rival. En cuanto te vea, se dará cuenta de que eres un hombre sin importancia… ¡Entérate de una vez por todas! ¡Sólo quiero que los forajidos te miren mientras yo aparezco!

—¿Por dónde?

—Por la puerta que comunica con la cocina. Utilizaré la parte trasera del saloon para entrar.

—¿Y qué más?

—Los desarmaremos. Naturalmente, yo tendré el revólver en la mano.

—Pero ellos son cinco.

—No podrán hacer nada. El que intente algo se irá al infierno.

Jules sacó un pañuelo, con el que se enjugó el sudor la cara y del cuello.

—Jefe, me estoy cociendo.

—Se te pasará cuando salgas a la calle.

—Oh, no, entonces estaré mucho peor.

Oscar se levantó. Examinó el revólver, para cerciorarse de que el cilindro estaba repleto de balas.

—Echa un vistazo a tu «Colt», Jules.

—Pero si no lo voy a utilizar.

—Compruébalo. Es una orden.

—Usted mismo piensa que ofrecerán resistencia y que tendré que usar el arma.

—No eres manco, Jules, y sabes disparar.

—Pero no tengo la puntería ni la rapidez de esa gente.

—Yo me ocuparé de que ninguno de ellos llegue a sacar. Lo único que tienes que hacer es conservar la serenidad.

—Eso va a ser muy difícil, jefe.

—Tienes que intentarlo. Recibirás un premio.

—¿Un premio?

—Esa gente se llevó veinticinco mil dólares del Banco de Dome Creek. Tendremos el diez por ciento de la recompensa, o sea, dos mil quinientos dólares. Te daré quinientos.

—¿Quinientos dólares?

—Eso he dicho.

—¡Dios mío, presentaré la dimisión! Con esos quinientos dólares podré ir a Kansas City y terminar mis estudios.

—Vete a ganártelos, Jules.

—Allá voy, señor Endicott. Pero por lo que más quiera. ¡Entre a las diez y media!

CAPÍTULO VI

Jules Nelson entró en el saloon de Edgar Nobby. Vio por el rabillo del ojo que Charles Orrin se encontraba en una mesa, rodeado por tres hombres y un par de girls.

No se detuvo. Siguió andando hacia el mostrador. Edgar estaba a la otra parte limpiando unos vasos se inclinó ligeramente para hablarle sin que nadie enterase:

—Jules, lárgate. Aquí está Charles Orrin.

—Ya lo sé.

Edgar miró a Jules con asombro.

—¿Lo sabes y viniste?

—Anda, sírveme un *whisky*.

—Sí, muchacho, te pongo un *whisky*. Bébelo y lárgate.

—He de quedarme, Edgar. De modo que no te metas donde no te llaman.

—Jules, te aprecio mucho. Recuerda que quieres ser abogado, y que sólo te metiste en la oficina del marshall Tiara poder pagar las lecciones.

Eso le hizo recordar a Jules los quinientos dólares que Oscar le había prometido si capturaban a Charles Orrin y a su pandilla. Con ese dinero terminaría la cabrera un par de años antes de lo que había previsto, bebió su *whisky* y consultó el reloj. Faltaban diez minutos para las diez y media.

De pronto oyó una voz a su espalda:

—Eh, tú, autoridad…

Volvió la cabeza.

Era el mismísimo Charles Orrin quien le hablaba.

—¿Me conoce, autoridad? —preguntó el forajido.

—No, señor.

—¿No sabes quién soy?
—Nunca lo vi, forastero.
Charles Orrin lanzó una carcajada.
—Eh, chicos, ahí tenéis a un representante de la ley que nunca ha visto la cara de Charles Orrin.
Jules empezó a sentir un hormigueo en los pies. Faltaban más de cinco minutos para que Oscar apareciese. No le convenía aquella conversación. Charles Orrin podría sentirse ofendido en cualquier momento y entonces…
—¿Qué te pasa, ayudante? Ya sabes que soy Charle Orrin. ¿Por qué no me detienes?
—No tengo por qué hacerlo.
Orrin rió otra vez.
—Nadie me puede detener. Tengo siete vidas comí los gatos. ¿Lo oyes, autoridad? —Su voz era estropajos y eso quería decir que había bebido mucho.
Jules se volvió hacia Edgar.
—Sírveme otro *whisky*.
—Te dije que te largases, muchacho.
—Calla, Edgar.
—Todavía estás a tiempo.
Charles Orrin se había levantado de la silla.
—Eh, autoridad, no me gusta que hablen a mis espaldas.
Jules le sonrió amistosamente.
—Hablamos de cosas sin importancia.
—¿De la forma de capturarme?
—Oh, no fue eso.
—¿Sabes una cosa, autoridad? ¡Nadie puede acabar con Charles Orrin…! Tengo un amuleto que sirve para defender mi vida. ¿Y sabes cuál es?
—No, señor. No tengo idea.
—Mi sombrero.
—¿Su sombrero, señor Orrin?
—Eso he dicho. Nadie puede acabar con Orrin si su sombrero no se cae.
—No le entiendo.
—Eres un estúpido y por eso no entiendes, pero haré una exhibición.

Los hombres de Charles Orrin sonreían satisfechos por la escena. También ellos hablan bebido.

Jules sintió que las piernas se negaban a sostenerlo, y apoyó el brazo en el mostrador. Charles Orrin, había hablado de una exhibición. ¿Y cuál podía ser, sino enfrentarse a él?

—Señor Orrin —dijo—. Yo no tengo nada contra usted, se lo juro.

—Cierra el pico.

—Sí, señor, lo que usted quiera.

—He hablado de una exhibición. ¿Sabes cuál es? No hace falta que contestes. Nunca lo sabrías. Aunque te di una pista. Se trata de mi sombrero. Y lo tiro al aire y lo sostendré a tiro limpio y luego volverá a caer en mi cabeza.

—¿Cómo se llama este maldito pueblo?

—Eferding, señor Orrin.

—Muy bien. Yo moriría en Eferding si mi sombrero cayese al suelo.

—Oh, no, usted no morirá aquí.

—No eres tú quien lo ha de decidir, sino el destino. ¿Lo entiendes? ¡El destino! Pero yo tengo una mano firme y buena puntería.

—No hace falta que haga la exhibición, señor Orrin —dijo Jules —. Usted no va a morir aquí…

—¡Dije que te callases!

—Sí, señor.

—¿O prefieres que tú y yo nos veamos las caras con revólver?

—Oh, no, de ninguna forma, señor Orrin. Puede hacer usted todas las exhibiciones que quiera. Palabra que no se lo impediré.

Charles Orrin sonrió.

—Muy bien. Allá va.

Se quitó el sombrero y lo arrojó al aire. Mientras desenfundaba gritó:

—¡Que me entierren donde caiga mi sombrero…!

Se puso a disparar una y otra vez.

El sombrero bajaba y subía, pero, al poner Charles Charlean camino la última bala, ésta falló y el sombrero cayó en el suelo.

Se hizo un gran silencio.

Charles se había quedado inmóvil, observando el sombrero en el

piso.

También sus hombres habían dejado de reír.

Charles levantó la mano libre y señaló a Jules.

—¿Has visto eso, autoridad?

—Sí, señor.

—¿Cómo te llamas?

—Jules Nelson.

—He fallado por primera vez.

—No tiene importancia, señor Orrin.

—Es la primera vez que ocurre y eso quiere decir que voy a ser enterrado en este pueblo.

—Oh, no, de ninguna forma, señor Orrin. No tiene por qué preocuparse. Usted no va a morir.

—Tú me vas a matar, Jules.

—¡No, señor Orrin! No tengo la menor intención de disparar contra usted. Se lo aseguro. Usted es un hombre libre, tan libre como los pájaros y se puede marchar cuando quiera.

—No me puedo defender ahora porque no tengo municiones en mi revólver. —Orrin sonrió—. Pero tú no me vas a matar, porque voy a acabar contigo… ¡Muchachos!

Sus tres hombres se pusieron en pie. Los tres flaquearon a Charles Orrin.

Jules daba diente con diente. De buena gana hubiese mirado el reloj. Ya debía de ser la hora. O quizá sol habían pasado dos minutos. Sí, eso debía de ser. Había pasado muy poco tiempo y el marshall llegaría tarde. ¿Por qué se le había ocurrido aceptar la plaza de ayudante para pagarse sus lecciones? Podía haber trabajado como
cow-boy,
o en la herrería de Mac Donald.

—Despídete del mundo —dijo Charles Orrin con un gesto feroz.

Jules creyó seriamente que había llegado su última hora. No, nadie podría salvarlo. Ni siquiera su jefe Oscar Endicott.

Y en aquel momento apareció el marshall de Eferding por la puerta de la cocina. Manejaba dos revólveres y se puso a disparar sin pronunciar una sola palabra.

Charles Orrin y sus hombres empezaron a caer come muñecos abatidos por un dedo gigante.

CAPÍTULO VII

El marshall de Eferding dejó de disparar.

Charles Orrin y sus hombres yacían inmóviles. Jules giró hacia el mostrador, atrapó su vaso y, templándole la mano, derramando mucho *whisky*, logró beber un trago.

Oscar Endicott saltó por encima del mostrador. Como era su costumbre, había disparado con dos revólveres, Pero lo juzgó necesario porque tenía que balear a muchos hombres en el menor tiempo posible.

La girl que había caído en el suelo estaba ahora a gatas y vio los cuerpos llenos de sangre y se puso a chillar histéricamente.

—Lárgate, Margot —dijo Oscar.

Margot se puso en pie y echó a correr, desapareciendo por una puerta del fondo.

Los pocos clientes que se encontraban en el local se habían sumido en un profundo silencio.

Las hojas de vaivén se abrieron y entró una mujer muy bella.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó.

—Tuve que disparar contra estos hombres, doctora —dijo Oscar.

Martha Korthy avanzó rápidamente hacia los forajidos.

—¿Qué va a hacer, doctora? Todos están muertos. —¿Cómo lo sabe, marshall? ¿Los ha examinado?

—No, pero tiré a matar.

—No se quede ahí quieto. Ayúdeme.

—Es trabajo para el funerario, doctora.

Martha hizo caso omiso de la nueva advertencia del marshall. Tomó el pulso a un hombre.

—Muerto —dijo.

—No me dice nada nuevo —repuso el marshall.

La doctora examinó a otro hombre.

—Tampoco puedo hacer nada por él.

—Ni por los demás —puntualizó el marshall. Martha examinó el tercer cuerpo y no hizo el menor comentario y eso quería decir que estaba muerto. Tom el pulso del cuarto hombre.

—Por fin se ha equivocado, marshall.

—¿Eh?

—Este hombre vive.

Oscar vio asombrado que se trataba de Charle Orrin.

—Ese tipo tiene dos balas en el pecho, doctora.

—Pero vive.

—Será por pocos segundos.

—Tengo que atenderlo inmediatamente.

—No hace falta.

—¿Qué dice?

—No hace falta que lo atienda. Es Charles Orrin.

—No sé quién es Charles Orrin.

—Yo se lo diré, doctora. Es el jefe de una pandilla de forajidos.

—¿Quiere decir que lo debo dejar morir?

—Cometieron un asalto en Dome Creek y mataron a una mujer. También hirieron gravemente al cajero del Banco.

—Usted cumplió su deber como marshall.

—Gracias.

—Deje que yo cumpla ahora mi deber como médico.

—¿Eh?

—Ya lo ha oído. Este hombre está herido y lo debo atender.

—Cómo quiera. Pero conozco cuándo un hombre está herido gravemente. Morirá en unos minutos.

—Jules, ayúdame —dijo la doctora.

—¿Adónde quiere llevar al herido? ¿A su casa?

—No. No aguantaría. Lo pondremos en la mesa de billar… Vamos no se quede ahí. Dese prisa. Debo contener la hemorragia.

Martha y Jules llevaron a Charles a la mesa de billar.

Oscar se movió hacia la mesa del fondo, en donde habían estado sentados los forajidos. Vio una bolsa y miró su contenido. Allí estaban los billetes y, probablemente, faltarían muy pocos. Veinticinco mil dólares, y tenía derecho al diez por ciento. Dos mil quinientos. Por ¿qué infiernos le había prometido quinientos a su

ayudante? Jules había hecho muy poco.

—Jules, te espero en la comisaría —dijo.

—Sí, señor. Iré en cuanto la doctora no me necesite. —Llévate los caballos de los forajidos y mételos en 1 establo. Desde ahora son nuestros.

—Descuide, jefe. Los llevaré.

Oscar Endicott soltó un gruñido y salió del local. Los ciudadanos se habían aglomerado en la puerta le abrieron paso.

Uno de ellos, el viejo Isaías, gritó:

—¡Eh, muchachos, nuestro marshall ha matado a Charles Orrin!

Hubo sonrisas y exclamaciones de júbilo. Algunos tipos palmearon al marshall.

—No tuvo importancia —dijo Oscar—. Cualquiera lo habría hecho en mi lugar.

Saboreó aquellas palabras porque sabía el efecto que producirían. Ninguno de ellos, de ser marshall, se haría atrevido a enfrentarse con Charles Orrin.

Aceptó las felicitaciones y se dirigió hacia la comisaría.

Dio un suspiro de alivio al encontrarse a solas. Dejó la bolsa en la mesa y encendió un cigarrillo. Paseó de una pared a otra mientras fumaba.

En un momento determinado se detuvo y miró otra vez el contenido de la bolsa. Veinticinco mil dólares. El cobraba ciento cincuenta al mes, lo cual hacía un total de mil ochocientos al año. ¿Cuánto tiempo necesitaría rara reunir veinticinco mil dólares? Casi catorce años.

Se abrió la puerta.

No conocía al hombre que acababa de entrar. Era un joven de veintiocho años, moreno, alto, con la pistolera laja. Oscar sintió un escalofrío. Indudablemente aquel tipo pertenecía a la pandilla de Charles Orrin y él hora no tenía balas en su revólver. ¿Cómo había cometido aquella insensatez de no reponer la munición?

El desconocido lo estaba observando con fijeza.

Oscar guardaba un revólver en el segundo cajón de la mesa. Tenía que distraer al hombre de Charles Orrin para alcanzar el arma.

—No le oí llamar, forastero —dijo dirigiéndose hacia la mesa.

—No llamé.

—¿Es su costumbre?

—A veces.

Oscar ya había llegado ante la mesa. Hizo como s se fuera a sentar mientras preguntaba:

—¿Qué puedo hacer por usted?

Entonces abrió el cajón y su mano voló hacia revólver.

—Quieto, marshall.

Oscar vio asombrado que el desconocido lo apuntaba al pecho con el revólver. ¡Había sacado en una fracción de segundo!

—Deje el arma, marshall.

Oscar no había llegado a empuñar el arma porque estaba en el fondo del cajón.

—¿No me oyó, marshall? —dijo el forastero.

Oscar levantó la mano. Se relajó en la silla, porque pensó que ahora debía de tener mucha serenidad.

El forastero se sentó en el borde de la mesa.

—Debo felicitarle, marshall.

—¿Eh?

—Por haber acabado con Charles Orrin y su pandilla. Pero me ha ocasionado una pérdida.

—¿De qué está hablando?

—Me contrataron para matar a Charles Orrin.

Oscar cerró los ojos con fuerza y los volvió a abrir.

—¿Qué infiernos vino a hacer aquí?

—¿Qué le pasa, marshall? ¿Es que no me escuchó?

—Oh, sí, debe de ser la emoción por haber matado a Charles Orrin.

—Pero se lo repetiré. Yo tenía que ser e que matase a Orrin, pero usted me tomó ventaja. Por su habilidad, voy a perder dos mil dólares…

El marshall exhaló el aire de sus pulmones.

—¿Por qué no lo dijo desde el principio? Me hi dado un gran susto. Creí que era un hombre a las órdenes de Charles Orrin que se llegaba aquí para vengar a su jefe.

—Tranquilícese, marshall. Mi nombre es George Watson y sólo Soy un
gun-man
que ocasionalmente pasó por Dome Creek. Mi revólver fue

alquilado por Arthur Clauss, el esposo de la mujer muerta. Lo supongo enterado de todo.

—Recibí un telegrama de mi colega de Dome Creek.

George miró la bolsa.

—¿Es el botín, marshall?

—Sí.

—Nada, que me ha pisado usted el negocio. Pensaba matar a Charles y apoderarme del botín.

—Para huir con él.

—No, marshall, para devolverlo.

—¿Quiere que le crea eso?

—¿Y por qué no puede creerme?

—Parece un tipo poco de fiar.

—Entiendo. Se refiere a mi rapidez con el revólver.

—Es posible.

—Usted también tuvo que ser muy rápido para acabar con Charles Orrin y su pandilla, marshall. ¿O los sorprendió por la espalda?

—¿No estuvo en el saloon?

—No. Vi a la gente en la puerta y me informaron.

Jules entró en aquel instante.

—Jefe, esa doctora es una maravilla. Le extrajo las dos balas a Charles Orrin, y por ahora lo mantiene con vida.

—Charles Orrin merece la muerte.

—Y probablemente morirá.

—¿Lo dijo la doctora?

—Sí.

—¿Cuáles han sido sus palabras exactamente?

—Que Charles Orrin puede morir de un momento a otro. Perdió mucha sangre y las heridas son graves.

George Watson intervino, bajando de la mesa:

—Vaya, marshall, parece que, después de todo, su puntería no sirvió para que yo me quedase sin cliente.

—¿Qué está pensando, Watson? ¿Ir al lado de Orrin y rematarlo?

—No, yo no hago eso, marshall. Yo me bato de frente y renuncio a un duelo cuando mis enemigos están moribundos… Hablando de otra cosa. ¿Qué hotel me recomienda?

—Sólo hay uno. El Victoria.

—Un bonito nombre. Me alojaré en él. Ya nos veremos.

George Watson dio media vuelta y, andando despaciosamente, salió de la comisaría.

CAPÍTULO VIII

George Watson entró por la ventana de guillotina y para ello solo tuvo que levantarla.

Charles Orrin estaba en la cama, inmóvil.

En la habitación reinaba la penumbra.

George avanzó hacia el lecho.

De pronto se abrió la puerta a sus espaldas y una voz femenina dijo:

—No dé un paso más o lo mato.

George volvió la cabeza y vio a una mujer joven, atractiva.

—No dispare, monada.

—Deme una razón para que no lo haga.

—Sólo vine a visitar al paciente.

—Oh, sí, claro. Debe ser su hermano.

—No.

—Su primo.

—Tampoco.

—No diga que es su padre porque Charles Orrin es mayor que usted.

—No, no se lo voy a decir.

—Yo le diré lo que es usted. Un asesino, y vino aquí para matar a Orrin.

—Hasta ahora no dio ninguna en el clavo.

—¿Cuál es su nombre?

—¿Importa eso?

—Dígalo rápido o aprieto el gatillo.

—George Watson.

—¿Qué vino a hacer aquí?

—Sólo me llegué para saber que Charles Orrin estaba en manos

seguras.

—¿Qué?

—No me gusta que asesinen a nadie, y menos a un moribundo.

—Ya sé lo que es usted, señor Watson.

—¿De veras?

—Un loco.

George Watson sonrió.

—De nuevo se equivoca, doctora.

—¿Me conoce?

—Sí. Usted debe ser la doctora Martha Korthy. Oí hablar de usted a los ciudadanos que estaban en la puerta del saloon donde Charles Orrin fue herido.

—Todavía sigo sin saber por qué ha entrado aquí.

—Creí que usted estaba en combinación con cierta persona.

—No le entiendo nada. ¿A qué clase de combinación se refiere?

—Usted y el marshall pudieron llegar a un acuerdo.

—¿Acerca de qué?

—De Charles Orrin. El lo hirió y usted termina de matarlo.

Martha se quedó un rato sin habla. Luego dijo:

—Es usted un bruto, señor Watson.

—¿Por desconfiar de usted?

—Sí.

—Tenga en cuenta que es la primera vez que la veo. No sé cómo piensa. Ejerce su profesión en este pueblo y fue el marshall quien disparó contra Charles Orrin.

—¿Supone que el marshall y yo nos hemos propuesto matar a Orrin?

—¿No es así?

—No, señor Watson. Yo no tengo nada que ver con el marshall.

—Tengo en cuenta lo que pasó. El marshall apareció inesperadamente por la puerta de la cocina y disparó con dos revólveres, sin previo aviso, contra Charles Orrin y sus hombres.

—¿Eso hizo?

—Sí.

—No lo sabía.

—Pues ahora lo sabe.

Martha respiró profundamente.

—Señor Watson, soy médico y me hice cargo de un hombre que

estaba herido gravemente. Es Charles Orrin.

Mi deber era atenderle y fue lo que hice. Procuraré por todos los medios que siga viviendo, a pesar de usted, del marshall y de cualquier otra persona.

—Gracias por disipar mis dudas. Hasta pronto. —George Watson fue hacia la ventana.

—Espere —dijo Martha.

George se detuvo y miró de nuevo a la joven.

—¿Qué quiere ahora, señorita Korthy?

—No le dije que se fuese.

—Pensé que ya estaba dicho todo entre nosotros.

—No, no está dicho todo. Aún no me aclaró cuál es su posición en este caso.

—Me contrataron para matar a Charles Orrin.

—¿Cómo?

—Ha oído bien, doctora. Charles Orrin cometió un asalto en Dome Creek y mató a una mujer. El viudo me comisionó para liquidar a Orrin.

—¿Cuál es el precio que va a cobrar por su trabajo?

—Dos mil dólares. Recibí mil adelantados.

—Ahora sé que no es usted un loco, señor Watson.

—Le agradezco que rectifique su opinión.

—Es mucho peor que un loco. Un cínico. Acaba de hacer una confesión, señor Watson, y por tanto no mintió. Usted entró por esa ventana para matar a Charles Orrin.

—No.

—Pero usted ha dicho…

—No importa lo que haya dicho. Las cosas cambiaron desde que Arthur Clauss me prometió dos mil dólares por la muerte de Charles Orrin. Ahora este hombre está herido gravemente y mi interés es otro.

—¿Cuál?

—Sólo quiero que se conserve con vida y que sea entregado a las autoridades de Dome Creek.

—¿Cobraría usted por su trabajo?

—No. Y le diré más, señorita Korthy. Tanto si Charles Orrin muere, como si es puesto en manos del marshall de Dome Creek, yo devolveré al señor Clauss sus mil dólares, puesto que no hice nada.

—¿Me toma por una ingenua?

—Estoy seguro de que no es usted una ingenua.

—Entonces, ¿por qué me ha dado una explicación tan absurda de su actitud?

—Porque es verdad.

—Usted es un gun-man.

—Sí.

—Un asesino.

—No, señorita Korthy. Se puede ser gun-man sin ser asesino.

Hubo una pausa entre los dos.

—No vuelva por aquí, señor Watson.

—Todavía no está convencida, ¿eh? Piensa que he venido a matar a Charles Orrin.

—Tiene dos mil razones para ello. Usted lo dijo.

—¡Me gusta su ironía, y también me gusta usted! —La miró de pies a cabeza—. Tuve mala suerte hasta ahora con los doctores. Todos eran feos. Siento deseos de tener una bala en el cuerpo, si es usted quien se va a encargar de mi curación.

—No dice nada original. Estoy oyendo eso desde que llegué a este pueblo.

—Lo siento. La próxima vez trataré de decir algo que no haya oído antes.

—No habrá próxima oportunidad, señor Watson. No vuelva, o me obligará a disparar.

—Trataré de complacerla.

—Ponga el mayor interés en ello, señor Watson.

—¿Puedo marcharme ya?

—Sí, señor Watson. Márchese, y hasta nunca.

George hizo un gesto afirmativo y se dirigió hacia la ventana, por la que salió sin agregar una sola palabra.

Martha bajó la mano armada. Estaba confusa. ¿Le había dicho la verdad aquel hombre? No, de ninguna manera. George Watson sólo era un cazador de recompensas. Tenía que asegurar la ventana para que Watson no volviese…

CAPÍTULO IX

El marshall Oscar Endicott ya estaba decidido a realizar el mejor negocio de su vida.

Había caído la noche sobre la ciudad.

Vio a Jules mirando por la ventana hacia la calle, moviendo las manos nerviosamente.

—¿Qué te pasa, Jules?

—Es raro que no hayan llegado todavía.

—¿Quiénes?

—Sabe a lo que me refiero, jefe. A los forajidos.

—El Pozo del Diablo está muy lejos.

—Sí, es cierto que tardarán unos días en llegar hasta aquí los forajidos que se encuentran en el Pozo del Diablo. Pero ¿qué me dice de los que están más cerca? Tenemos veinticinco mil dólares. Ha circulado la noticia. Es lógico que los gun-men que estén cerca de Eferding se dejen caer por aquí en busca del botín.

—Sí, ya he pensado en eso.

—Pues no lo parece. Está usted la mar de tranquilo.

—Ten en cuenta que telegrafié al marshall de Dome Creek para que venga a recoger el dinero.

—Pero no llegará en tres días. ¿Se da cuenta? Vamos a estar solos usted y yo guardando esa plata…

—Es nuestro deber.

—Serán unos días de pesadilla.

—No te preocupes, Jules. Todo saldrá bien.

—Ojalá acierte.

—Vete a hacer la ronda.

—Eh, jefe, ¿cree que está el asunto para hacer la ronda?

—No tendrás necesidad de pegar tiros. Sólo quiero saber si han llegado forasteros al pueblo. Mantente en la oscuridad y observa por las ventanas.

—¿Y qué hay del saloon?

—Pega un vistazo, pero no te comprometas con nadie.

—Lo mismo me dijo esta mañana con Charles Orrin, que no me comprometiese. ¿Y qué fue lo que pasó?

—Ahora es distinto. No se trata de Charles Orrin. Suponiendo que hayan llegado forajidos, ninguno tendrá nada contra ti puesto que lo que les interesa es el dinero.

—¿Sabe una cosa, jefe? Que maldigo el día en que decidí ser su ayudante.

—Recuerda los quinientos dólares que vas a ganar a cambio del mal rato que estás pasando.

—Sí. Eso es cierto —asintió Jules.

—Anda, lárgate ya. Pero no tardes en regresar más de media hora.

—Haré la ronda en diez minutos.

—No, Jules. Quiero que observes bien por todas partes. Media hora.

—De acuerdo, jefe.

—Así me gusta, Jules.

Jules se frotó las manos en las perneras del pantalón, un poco indeciso, pero finalmente echó a andar y salió de la comisaría.

Oscar se acercó a la ventana y vio cómo Jules cruzaba a la otra parte de la calle y se perdía en la oscuridad.

Entonces abrió un armario, donde estaba la bolsa del dinero, y puso ésta sobre la mesa.

Llamaron con suavidad en la puerta con tres golpes.

—Adelante —dijo el marshall.

Entraron dos hombres. Uno era alto, huesudo, de sienes hundidas, y el otro un poco más bajo, con un bigote espeso que le cubría casi la boca. Fue éste quien cerró la puerta y se apoyó en ella.

El alto dijo:

—Acabamos de ver a Jules.

—Lo mandé para hacer la ronda.

—¿Está solo, marshall?

—Completamente.

—¿No vendrá nadie?

—No.

—Entonces, ¿manos a la obra?

—Sí, Charlie, manos a la obra.

El marshall se puso delante del alto llamado Charlie.

—Anda, pégame.

—¿Cómo? ¿Qué es lo que dice?

—Que me pegues.

—¿Yo pegarle a usted? No puedo. Que lo haga Lawrence.

Los dos hombres que Oscar Endicott había recibido eran Charlie Benson y Lawrence Weekin.

El rollizo y bigotudo Lawrence Weekin enarcó las cejas al oír a su compañero.

—El marshall te lo ha pedido a ti, Charlie. Tú eres quien le debes pegar.

El marshall intervino:

—Menudo par de imbéciles me fui a buscar. ¿Cómo queréis que os repita las cosas…? Supuestamente, vosotros me habéis sorprendido en la comisaría. Os tenéis que llevar los veinticinco mil dólares del botín. ¿Qué queréis? ¿Llevaros el dinero y dejarme en la silla fumando un cigarrillo…?

—Lo podríamos dejar sin conocimiento —repuso Charlie—. Fue lo que pensamos, ¿verdad, Lawrence?

—Sí, eso fue en lo que pensamos. Yo creo que bastaría con un chichón, ya sabe, un golpe en la cabeza.

—Os equivocáis. No bastaría. Hemos de dar realismo a la escena. Pégame, Charlie. ¡Vamos ya, maldita sea! Estamos perdiendo el tiempo. Jules puede volver por cualquier motivo, a pesar de que le metí en la cabeza que no lo hiciese en media hora.

Charlie se escupió en las manos.

—¿Dónde quiere que le pegue, marshall?

—En el mentón.

Charlie le disparó el puño.

Sonó un chasquido y el marshall se derrumbó en el suelo.

—¡Perdone, marshall! —exclamó Charlie.

—No grites, maldita sea —dijo el marshall mientras se

levantaba.

Se miró en el espejo y vio que le salía sangre por la comisura de la boca. Se tocó la barbilla y sonrió diciendo:

—Esto me producirá una inflamación.

—¿Tiene bastante, marshall?

—No. Todavía no…

—Pero no querrá que lo despelleje…

—Ahora un puñetazo en el pómulo.

—Oiga, señor Endicott, es la primera vez que golpeo a un tipo que no se defiende.

—También es la primera vez que yo me dejo pegar, pero vale la pena por veinticinco mil dólares.

—Eh, recuerde que usted no va a cobrar los veinticinco mil. Tiene que restar los cinco mil de nuestra parte.

—Era una forma de hablar, Charlie. Ya sé que os tengo que dar los cinco mil dólares que os prometí… Anda, pégame, ahora en el pómulo.

—Sí, señor, como usted mande.

Charlie soltó de nuevo la derecha.

El marshall se desplomó y golpeó la cabeza contra el piso. Quedó inmóvil boca arriba.

Charlie bailoteó.

—Perdone, marshall… Yo no quise…, yo no creí…

Lawrence soltó una risita.

—Menudo golpe le pegaste. Un poco más y lo mandas al otro mundo.

—¡No te quedes ahí quieto, y ayúdame a llevarlo a la silla!

Pusieron al marshall en la silla.

Oscar se recuperó poco a poco. Su pómulo estaba tumefacto. Al tocárselo, soltó un gemido.

—Perdone, marshall —dijo Charlie.

—Todo lo contrario, muchacho. Tengo que darte las gracias. Lo hiciste muy bien… Ya podéis coger el dinero.

Lawrence fue a atrapar la bolsa, pero Charlie se lo impidió, pegándole un manotazo.

—Yo la llevaré. Tú no hiciste nada.

Los dos hombres se dirigieron hacia la puerta, pero el marshall dijo:

—Un momento.

Oscar tenía el revólver en la mano.

Charles y Lawrence miraron asombrados al representante de la ley.

—Eh, marshall, ¿qué es lo que va a hacer? —Gruñó Charlie.

—Quiero cerciorarme de que habéis aprendido todas las instrucciones.

Charlie dio un suspiro de alivio.

—Claro que las sabemos.

—Las escucharé.

—Lawrence y yo enterraremos la bolsa en la Roca del Águila, treinta yardas a contar desde el tercer pino. Luego regresamos al pueblo.

—Así es.

—¿Ve como no lo olvidamos?

—Si me engañaseis y os largaseis con esos veinticinco mil dólares, os seguiría hasta el fin del mundo.

—Marshall, no tiene que preocuparse por nosotros. Éste es un buen negocio para Lawrence y para mí.

Vamos a ganar dos mil quinientos cada uno, mucho más de lo que hemos soñado en nuestra vida.

—Buen viaje.

—Gracias, marshall —dijo Charlie, y él y su compañero salieron de la comisaría.

Al quedar a solas, Oscar se levantó de la silla y se miró otra vez en el espejo. Su cara presentaba ahora las condiciones necesarias para simular un asalto. Consultó el reloj. Habían pasado quince minutos des que se marchó Jules, y por tanto, tendría que esperar otro cuarto de hora hasta que regresase.

Todo iba a salir bien. Iba a ganar veinte mil dólares en aquel golpe. O quizá se atreviese a liquidar a Charlie y a Lawrence, para ganar los veinticinco mil. Todavía no lo había decidido. Eso dependería de cómo se sucediesen los hechos. De lo que sí estaba seguro era de que iba a aprovechar la oportunidad que se le había presentado. Había sido la más brillante idea, que salió de su cerebro. No tendría necesidad de huir con la bolsa. Seguiría siendo un marshall honrado, un representante de la ley, que había tenido la mala suerte de recibir la visita de dos bandidos, que fueron allí

en busca del botín de Charles Orrin.

Y ahora pensó en la doctora. Qué maravillosa mujer. La conseguiría para él. Hasta ahora se había mantenido un poco alejado de ella, pero Martha Korthy, merecía el mayor de los hombres, y ése era él. Oscar Endicott.

En aquel momento se abrió la puerta.

Oscar se volvió soltando una maldición, porque Jules se había adelantado.

Sin embargo, el hombre que estaba en la puerta, no era Jules, sino el gun-man entrometido, llamado George Watson.

CAPÍTULO X

—¿Qué le pasó, marshall? —preguntó George Watson.

—Me asaltaron.

—¿Cuándo?

—¿Es que no lo ve? Hace unos minutos… Han podido ser diez, quince o veinte. No lo sé. He estado sin conocimiento.

—¿Quiénes fueron?

Oscar se tambaleó dejándose caer en la silla. Aspiró aire, como si se estuviese ahogando.

—Dos tipos —dijo entre jadeos.

—¿Cómo son esos dos tipos?

—Uno mide un metro setenta y cinco y tiene una cicatriz sobre la ceja derecha.

Ni Charlie Benson ni Lawrenee Weekin tenían una cicatriz sobre la ceja derecha.

—¿Y el otro? —preguntó George.

—Delgado, muy rubio, de ojos saltones, nariz aguileña.

Tampoco esta descripción correspondía a ninguno de sus cómplices.

—¿Cómo lo sorprendieron?

—Mandé a Jules a hacer la ronda. Me disponía a cerrar la puerta con llave cuando se abrió violentamente. Eran ellos. Tenían el revólver en la mano. No dijeron nada. Uno de ellos me golpeó con el puño. Caí al suelo y me incorporé para defenderme, pero otra vez me volvieron a pegar. Y ya no supe nada más porque quedé sin sentido.

—¿Los había visto alguna vez?

—No. Nunca.

—Es una lástima. Usted había recuperado esos veinticinco mil

dólares, marshall. Le correspondía un diez por ciento… Ahora va a pasar la mano por la pared.

—No me importa tanto la recompensa como ajustar las cuentas a esos fulanos.

—¿Se las va a ajustar?

—Sí, aunque tarde cien años.

—Demasiado tiempo. Estará muy viejecito.

—Eh, un momento, Watson. ¿A qué vino aquí?

—Noto cierta suspicacia en su voz, marshall.

—Hace bien en notarla. ¿Quién me dice que no está de acuerdo con los salteadores? Mandó a sus dos sicarios para que diesen el golpe mientras usted quedaba fuera. Luego entró tranquilamente y vino a divertirse a mi costa.

—No, marshall.

—Dígame a lo que vino entonces.

—A ofrecerle mi ayuda.

—¿Su ayuda para qué?

—Está llegando gente extraña a la ciudad y pensé, que llegarán todavía más. Todos vendrán con el mismo objeto. Apoderarse de los veinticinco mil dólares.

—Sería un sarcasmo ofrecerme su ayuda si usted es el organizador de este golpe.

—No lo soy.

—La perfecta coartada.

—Le he dicho que no tengo nada que ver con ese robo.

—¿Por qué no? Yo le estropeé el negocio. Usted mismo lo dijo. Su misión era capturar a Orrin y apoderarse de los veinticinco mil dólares para devolverlos. Cobraba dos mil dólares por la piel de Orrin, y le habrían largado un diez por ciento del botín. Usted llegó aquí, y se encontró con que todo estaba hecho, y sin embargo, se quedó. Preguntó por el Hotel Victoria.

—Si allí estoy alojado.

—¿Y qué hizo desde que se alojó? Han pasado unas cuantas horas.

—Dormí.

—¿Durmió?

—Sí, eso he dicho. Estaba cansado y, como de momento no tenía nada que hacer, decidí pegar una cabezada. Usted acababa de

solucionar el asunto y me dije que no empezaría el jaleo hasta el anochecer… La noticia tenía que circular por los alrededores, para que los forajidos, empezasen a llegar.

—Sí. Todo ha sido muy bien preparado por usted.

—Ya veo que le obsesiona la idea de que preparé el asalto a la comisaría.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el marshall.

Era la doctora Korthy. Se quedó sorprendida al ver allí a George Watson, y la cara del representante de la ley.

—Es usted un animal, señor Watson. ¿Por qué le pegó al marshall?

George la obsequió con una sonrisa.

—No fui yo, doctora. El marshall me estaba contando su aventura. Dos tipos lo atacaron y se llevaron el botín de Orrin.

—Oh, perdone.

—No se disculpe. Según el marshall, yo me puse en combinación con esos dos hombres.

Oscar se puso en pie.

—¿Quiere cerrar el pico, Watson?

—Usted manda.

—¿Qué quería, Martha? —preguntó Oscar.

—Se trata de Charles Orrin.

—¿Ya ha muerto?

—No. Está desvariando en sueños… Dice cosas que para mí no tienen ningún sentido, pero quizá lo pudiera tener para usted… Debería ir allí.

George intervino:

—Sí, marshall será mejor que vayamos. Charles Orrin puede decir cosas interesantes.

—Usted no viene, Watson.

—¿Por qué no? Soy su sospechoso número uno. No me debe perder de vista.

—Si hubiese encontrado una prueba contra usted, ya me ocuparía de no perderlo de vista, porque lo encerraría en una celda, Watson… Pero, dado que no puedo hacer eso, le ruego que me deje en paz.

—Ya le dije que quería ofrecerle mi ayuda.

—No la necesito. Ahora lárguese.

—Cómo usted quiera, marshall.

George se dirigió hacia la puerta, pero se detuvo ante la joven, y la miró al bello rostro.

—Doctora quiero darle una noticia.

—¿Cuál?

—Está usted más hermosa de noche que de día. Hasta pronto.

George siguió su camino y salió de la comisaría.

Martha exclamó:

—¿Ha conocido a un tipo más fresco, marshall?

—Si continúa un poco más de tiempo aquí, le tendré que parar los pies.

—No lo diga por mí, Oscar.

—¿Por qué no?

—Sé defenderme de un hombre como él.

—Los individuos como George Watson respetan muy poco a la mujer.

—Insisto en que me defenderé yo misma.

—Como usted quiera, pero, si George Watson se extralimita y usted cambia de idea, pida mi colaboración.

—Así lo haré, marshall.

Jules entró en aquel momento.

—Madre mía, jefe, qué cara le han puesto… Ya imaginé yo que ese fulano, George Watson, era muy duro.

—No fue él, Jules.

A continuación, el marshall relató una vez más la forma en que supuestamente había sido sorprendido.

Jules dijo:

—Se evaporaron mis quinientos dólares.

—Lo siento, Jules, pero quizá todavía haya arreglo Quédate aquí mientras voy a casa de la doctora.

Poco después, Martha y Oscar Endicott entraban en la habitación en donde se encontraba Charles Orrin.

El ama de llaves de la doctora, Mabel Coby, una mujer de cincuenta años, dijo:

—Menos mal que ha llegado, doctora. El enferme habla como un loco. Estaba asustada.

—Puede salir, señora Coby.

Mabel Coby salió de la habitación.

Martha se había acercado a la cama en donde es taba tendido Charles Orrin.

El herido sudaba mucho.

—Tiene fiebre muy alta —dijo Martha.

En aquel momento Orrin gritó:

—¡No, no me quitaréis el botín…! ¡Es mío…! Tarda muchos años en reunir esos sesenta mil dólares… ¡Nadie me los quitará…! Yo los enterré…

CAPÍTULO XI

Oscar Endicott se había quedado de piedra al oír las palabras de Orrin. Al principio creyó que el forajido se refería a los veinticinco mil dólares y ahora resultaba que era otra cosa. ¡Sesenta mil dólares! Claro, el producto de los robos de Charles Orrin durante muchos años.

—¡Nadie me los quitará…! —continuó Orrin debatiéndose en la cama.

Martha lo cogió por los hombros.

—Tranquilo, señor Orrin.

—¡Déjelo, doctora…! —dijo Oscar, y al darse cuenta de que había puesto demasiado énfasis, agregó—: Sería conveniente que supiésemos dónde tiene enterrado ese dinero…

—¡Mi tesoro…! ¡Mi dinero…! ¡Mi botín…! —gritó Charles Orrin —. ¡Mataré al que me lo quite…!

Se incorporó en la cama, a pesar de que Martha lo sujetaba. Sus ojos estaban desorbitados.

—¡Nadie se llevará mis sesenta mil dólares…! ¡Me costó mucho trabajo reunirlos…! ¡Nadie me los quitará…! ¡Nadie…!

De pronto se relajó.

—Ha muerto —dijo Oscar.

—No, marshall. Sólo se desvaneció, pero puede morir en cualquier momento. Está muy grave.

—Dele alguna droga para reanimarlo. Tiene que decir dónde tiene su botín.

—No le daré ninguna droga.

—¿No se da cuenta, Martha? Se trata de sesenta mil dólares… Toda una fortuna, que estoy dispuesto a repartir con usted.

—¿Cómo?

—Hablo del diez por ciento —dijo Oscar al pensar que se precipitaba—. Ya sabe, es la parte que ofrecen como recompensa. Son seis mil dólares. Tres mil para usted y tres mil para mí.

Sin embargo, su intención ya era otra. Había manchado su conciencia apoderándose de los veinticinco mil dólares que Orrin había robado en Dome Creek. Naturalmente, la mancharía más apoderándose de los sesenta mil dólares, pero no devolvería un solo centavo a nadie.

Bueno, había dicho la verdad con respecto a compartir algo con Martha. Con ella lo compartiría todo, porque era la mujer más hermosa que se había cruzado en su camino.

—Será mejor que se marche, marshall.

—No puedo marcharme ahora.

—Pueden pasar muchas horas antes de que Orrin hable otra vez, si es eso lo que le preocupa.

—Está bien. Me iré, pero tiene que avisarme.

—Le avisaré en cuanto Orrin se ponga a hablar.

El marshall fue hacia la puerta y la doctora lo acompañó. Oscar la cogió por un brazo y se estremeció al sentir la tibieza de la piel femenina.

—Martha, yo querría hablar con usted acerca de mis sentimientos… Verá, usted se ha convertido en algo importante para mí…

—Por favor, Oscar, no siga.

—¿Por qué no?

—Estamos en la habitación de un moribundo.

—Oh, sí, tiene razón… Lo dejaré para más tarde… Hasta luego, Martha.

Oscar salió y la doctora cerró la puerta y apoyó la cabeza en ella. Había interrumpido al marshall porque, indudablemente, él le iba a declarar su amor. Ella se había convertido en algo importante para Oscar.

Cuando llegó a Eferding, el marshall había logrado despertar su interés. Sí, tenía que confesarlo. Así había ocurrido, y hasta llegó a pensar en el marshall como el hombre especial que busca una mujer. Oscar Endicott resultaba atractivo, tenía personalidad y era varonil, duro, quizá el esposo que le convenía, teniendo en cuenta su profesión. Al diablo con sus pensamientos.

Tomó la temperatura del enfermo. Treinta y nueve grados.

Oyó pasos a su espalda y pensó que era el marshall que había olvidado algo, pero al volverse lanzó una exclamación de sorpresa.

Era George Watson.

—¿Usted?

—Hola, doctora.

—¿Por dónde ha entrado?

—Por la ventana.

—La ventana está asegurada. Nadie puede abrir desde afuera.

—Sí, ya me di cuenta, y por eso entré por la de su gabinete.

—Pero ¡qué caradura es usted!

—Me lo han dicho algunas veces.

—Y a usted, por lo visto, le deja insensible.

—Si es un hombre, le rompo la cara. Si es una mujer fea, me encojo de hombros. Y si es bonita, lo acepto de buena gana.

—Es usted un…

—No se repita, doctora.

—Iba a decir otra cosa.

—Entonces dígalo, no se quede con las ganas.

—Un desaprensivo. Ya le dije que no volviese a mi casa.

—Sí, y también dijo que apretaría el gatillo si regresaba, pero ahora no tiene el revólver.

—¿Quiere dejar de bromear?

—Muy bien. Fuera bromas.

—¿Qué ha venido a hacer aquí, señor Watson?

—Logró interesarme cuando usted se presentó en la comisaría contando que Orrin estaba hablando…

—Que yo sepa, no es usted una autoridad.

—No. Sólo soy un ave de paso. Pero estoy interesado en el asunto. Recuerde que me metí en él hasta el cuello.

—Perdone que le contradiga, señor Watson. Usted se metió únicamente por el interés, pero ya no es necesaria su presencia porque el caso ha quedado en manos de las autoridades.

—Yo veo las cosas de otra forma.

—¿Y cómo las ve, si puede saberse?

—El marshall me resultó una autoridad poco convincente. Recuerde, lo asaltaron y robaron en su propia oficina. Desaparecieron los veinticinco mil dólares que Orrin ordeñó en

Dome Creek… Y eso me preocupa, señorita Korthy.

Charles Orrin se movió en la cama y se puso a hablar.

—¡El dinero…! ¡El botín…! ¡Los sesenta mil dólares…! ¡Son míos! ¡Míos…! ¡Nadie me los quitará…!

—Caramba —dijo Watson—, este Orrin no se privaba de nada. Tenía una buena bolsa.

—Salga, señor Watson.

—¿Por qué?

—Porque no puede escuchar lo que Orrin diga. Es el marshall quien debe oírlo.

—¿No lo escuchó ya?

—Hasta ahora Orrin sólo dijo lo que usted acaba de oír.

—¿No se refirió al lugar en donde tiene guardados lo sesenta mil dólares?

—No.

—Qué lástima. Es un buen pellizco.

—No puede quedarse un segundo más. Debo enviar por el marshall.

—¿Para qué?

—¿Para qué va a ser? ¡Por si Orrin habla de su escondite!

—¡El botín…! ¡No me atormentéis…! ¡Os lo diré…! ¡Sí, lo diré! ¡Aparta esa barra de fuego…! ¡No puedo quedarme ciego! ¡Os lo diré…! ¡Están en mi sombrero…! ¡Sí, os lo juro, muchachos! ¡Los sesenta mil dólares están en mi sombrero…! ¡No me dejéis ciego…! ¡Por lo que más queráis…! ¡No me dejéis ciego…! ¡Sólo tenéis que buscar mi sombrero!

Martha ya estaba al lado de Orrin, pero no lo llegó a tocar porque Charles se desmayó. Le cubrió el pecho vendado con la sábana.

—¿Dónde está su sombrero? —preguntó Watson.

Martha se enfrentó con George.

—Le prohíbo que haga uso de lo que acaba de oír.

—Oh, sí, según usted, debe ser el marshall quien se ocupe de todo.

—Así es. Y no me pregunte por qué. Está claro. Es el representante de la ley…

—Mire, doctora. Yo soy un cazador de recompensas.

—No espere que le felicite por ello.

—Si le sirve de alivio, nunca me metí en esa clase de negocios. Instintivamente, he aborrecido esa profesión de cazar hombres como si fuesen animales. Sólo acepté trabajar para el señor Clauss, porque Charles Orrin había matado a su mujer. Me metí en este caso y lo voy a continuar hasta el fin, con todas sus derivaciones… Tengo que devolver los mil dólares que Arthur Clauss me dio y, tal como están las cosas, no voy a cobrar un solo centavo. Debo buscar mis ingresos por otra parte, y ahora se me ofrece la oportunidad de lograr algunos ingresos extra. No me gusta trabajar por amor al arte, señorita Korthy. Usted lo entiende, ¿verdad?

—Ha hablado demasiado.

—¿Y no la convencí?

—No.

—Estoy dispuesto a repartir con usted, Martha.

—¿Y qué es lo que vamos a repartir? ¿Los sesenta mil dólares?

—Lo que nos den legalmente. ¿Está mejor así?

—Es la segunda propuesta que me hacen.

—¿La segunda? ¿Quiere decir que el marshall…?

—Sí, Oscar Endicott me dijo lo mismo que usted.

—Yo soy más interesante como socio —sonrió George.

—¿Por qué?

—Soy un hombre que no tengo obligaciones con mi cargo, y por tanto, puedo proceder con más libertad. Eso debe desequilibrar la balanza a mi favor.

—Pues lo siento por usted, porque el platillo no se ha inclinado por su lado.

—¿Ha pesado más el marshall?

—Sí.

—Vuelva a pesamos.

—Señor Watson, yo también tengo obligaciones como médico y una de ellas es la de establecer contacto con el marshall cuando estoy atendiendo a un forajido.

—Le va a contar todo a Oscar.

—Me extraña que usted lo haya dudado.

George dio un suspiro y sacó el revólver.

—Entonces me tendrá que dar el sombrero de Orrin.

—No está hablando en serio, señor Watson.

—Doctora, usted es un encanto de mujer, y me habría gustado

mucho que nuestras relaciones fuesen más afectuosas, pero no da lugar a ello… Deme el sombrero de Orrin.

CAPÍTULO XII

Martha Korthy apretó los menudos y parejos dientes.

—Muy bien, indeseable. Tendrá el sombrero.

—Gracias.

—No está aquí. Lo dejé en mi gabinete.

Salieron de la habitación del paciente y fueron al gabinete de Martha.

El sombrero de Orrin estaba encima de una silla.

—Ahí lo tiene,
gun-man
—dijo Martha con desprecio.

George tomó el sombrero y vio algunos agujeros.

—No está muy cuidado.

—¿No le dijeron lo que hizo Orrin en el saloon? Disparó sobre el sombrero. Por lo visto, es una costumbre…

George dejó su revólver en la funda.

—No intente nada, doctora.

Ella cruzó los brazos, y dijo:

—No voy a escapar. Estoy en mi casa.

George examinó el sombrero. Le dio vueltas, miró el forro, tiró de éste y lo descosió totalmente.

—Eh, aquí no hay nada —declaró.

—¿Puedo decir que no lo siento?

—Orrin mintió.

—No, Watson. Orrin no mintió. Usted ha olvidado que estaba desvariando y no sabía lo que decía.

—Sí, es posible —contestó George mientras examinaba otra vez, pulgada a pulgada, el sombrero.

Finalmente, lo dejó caer en la silla.

—Está claro, señorita Korthy, no hay nada que hacer con esto.
—Lo celebro mucho.
—¿Me tendrá al corriente si dice Charles Orrin algo más?
—Ni lo piense.
—¿Le resulto antipático?
—No se trata de simpatía o de antipatía.
—¿Qué es entonces?
—Ya se lo he dicho. El señor Endicott me merece más confianza que usted.
—Si me necesita, me alojo en el hotel Victoria.
—No lo voy a necesitar, señor Watson.
—Quién sabe…
La puerta se abrió de golpe y aparecieron dos hombres revólver en mano.
Martha dio un respingo.
—Eh, ustedes, ¿qué hacen aquí?
Los dos tipos poseían cara patibularia, y sus trajes estaban cubiertos de polvo.
George dijo:
—Les presento a la doctora Korthy. Y yo soy George Watson, su enfermero. ¿Cuál de ustedes es el paciente?
—Gracioso, muy gracioso, Watson —dijo el más alto—. Si se trata de una apendicitis, durante la operación puedo contar un par de chistes que les va a gustar más.
—Aquí al único que le van a hacer la apendicitis va a ser a ti, tipo vivo.
—Eh, que yo no estoy malito.
—Lo vas a estar en seguida, en cuanto te demos el tratamiento.
—¿Qué tratamiento?
—Una bala en los intestinos.
Martha intervino con voz irritada:
—¡No pueden hacer eso en mi gabinete! ¡Me lo ensuciarían!
—¿Y qué más, doctora linda? —preguntó el alto.
—Llévense al señor Watson a la calle y ajusten allí sus cuentas.
—El caso es que no hemos venido por el enfermero Watson.
—¿No?
—No, doctora, hemos venido por echar un rato de cháchara con Charles Orrin.

—Eh, eso te salió muy bien —dijo George—. Pero yo conozco una frase más difícil: «Chócala, chata Chelo».

—Esto te vale una bala extra en la boca.

—Me quedaré sin lengua.

—Basta, Watson, o aquí se arma antes de hora.

Martha se apresuró a intervenir:

—Tengo que darles una mala noticia con respecto al enfermo. Deberán esperar a que se recupere. No puede hablar con ustedes.

—¿Por qué no?

—Porque yo soy el médico y les prohíbo que entren a ver al señor Orrin.

—Doctora linda, usted no puede prohibimos eso… Verá, nosotros somos amigos de Charles y nos interesamos por su salud. Charles se alegrará mucho de vernos.

—No se alegrará por la sencilla razón de que está inconsciente.

—Dean y yo tenemos mucha habilidad para que un tipo se recupere con rapidez.

—Ya imagino en qué consiste la habilidad de ustedes.

—¿Sí?

—En machacar la cabeza del paciente.

—Doctora linda, usted nos estima muy poco.

El llamado Dean dejó oír su voz un poco chillona:

—Eh, Glenn, deja ya de requebrar a la doctora.

—¿Es que no te gustó ella?

—Claro que me gusta. Es una muñeca de categoría, pero no vinimos aquí para que tú le hicieses el amor.

—No. Eso es verdad. Dile a la doctora para qué vinimos.

—Vinimos para hacer cantar a Charles Orrin. Nos tiene que decir dónde guardó su botín.

La doctora se echó a reír.

—¿Lo encuentra divertido? —preguntó Glenn.

—Sí, mucho.

—¿Y por qué?

—Los veinticinco mil dólares que Charles Orrin y su pandilla robaron en Dome Creek pasaron a poder del marshall, pero el marshall los volvió a perder porque fue asaltado por dos desconocidos. Ahora ya tienen la respuesta. Busquen a esos hombres. Les aseguro que no están en mi casa.

—Para Dean y para mí era muy interesante eso de los veinticinco mil dólares.

—Ya le he dicho que lamentaba darles malas noticias. Y ahora adiós.

—Usted no me dejó terminar, doctora. Esos veinticinco mil dólares eran muy buenos, pero nos despediremos de ellos, ya que se encuentran tan lejos… No me interrumpa. Hay otra ración más importante que: los veinticinco mil dólares. Orrin esfumó en alguna parte lo que reunió durante los últimos años, y con ello quiero decir que lo escondió, y también quiero decir que Charles Orrin nos tendrá que informar a mi buen amigo Dean y a mí dónde debemos meter la mano para encontrar los billetes… De modo que ahora todos vamos a entrar en la habitación de Orrin.

—Duerme.

—Usted lo despertará.

—Ya le he dicho que está inconsciente.

—Usted lo despertará si no quiere ver un drama.

—¿Qué clase de brutos son ustedes?

—Los brutos que se van a merendar el tesoro de Charles Orrin.

El tipo de la voz chillona rió con estridencia.

—Eh, Glenn, eso estuvo bien contestado.

—A la habitación del enfermo —ordenó Glenn.

Todos fueron allí.

Charles Orrin estaba inmóvil y parecía dormir ahora tranquilamente.

—Despiértelo, doctora —dijo Glenn.

—No será posible.

Dean se adelantó hacia la cabecera.

—No te preocupes, Glenn. Le cascaré la nariz y verás cómo despierta.

Hizo un movimiento muy malo porque se cruzó entre George y Glenn.

Watson tiró del revólver mientras flexionaba las piernas y se puso a hacer fuego.

Glenn le mandó una bala, pero sus pulmones ya estaban muy tocados y no logró hacer blanco.

Dean se revolvió a medio camino, antes de llegar a la cama, pero no sirvió para rectificar su fallo. Un plomo casi lo decapitó al

encontrarse en su camino con la nuez.

Los dos forajidos golpearon contra el suelo.

Martha Korthy se tambaleó y George fue a su lado y la sujetó por la cintura.

—Doctora, dígame dónde hay una cama.

—¿Para qué?

—Para tenderla. Usted se va a desmayar.

—No diga tonterías. Yo nunca me desmayo.

Sin embargo, Martha Korthy notaba cierta flojedad. Eso era absurdo, puesto que tenía experiencia con los muertos. ¿No se debería a que George Watson la estaba estrechando demasiado fuerte?

—¿Quiere soltarme, señor Watson?

—¿Está segura de que no se caerá?

—Claro que estoy segura.

George la dejó libre y ella se tambaleó y se derrumbó sobre la pared.

George la volvió a abarcar por la cintura y luego subió sus manos y le tomó la cabeza.

—¿Lo ve? Está mareada, pero es lógico.

—¿Por qué es lógico?

—Porque es una mujer.

—Soy una doctora.

—Pero sigue siendo una mujer —dijo él, y sus labios estaban casi rozando los de Martha.

Oscar Endicott irrumpió en la estancia con el revólver por delante.

—¡Watson, le llegó su hora! —gritó furioso.

George lo miró con las cejas enarcadas.

—¿Qué le pasa, marshall?

—No hace falta que diga nada, Watson. Los hechos están a la vista. Ha matado a estos dos hombres y ahora pretende estrangular a la doctora Korthy.

—Acertó solo a medias. Yo maté a los dos tipos, pero no pretendía estrangular a la doctora Korthy. Sólo le estoy prestando mis auxilios. ¿No es verdad, Martha?

La joven se había repuesto desde que entró el marshall.

—El señor Watson no le engaña, Oscar. Sufrí una pequeña

alteración de los nervios al producirse los disparos.

Oscar Endicott endureció el rostro.

—¿Qué querían estos sujetos?

—Conseguir que Charles Orrin les dijese el lugar donde está escondido su botín.

—¿Habló Orrin?

—No habló delante de ellos, pero lo hizo hace un rato.

—¿Del botín?

—Sí.

—¿Qué dijo?

—Que lo tenía en su sombrero.

—¿Dónde está su sombrero?

—En mi gabinete.

El marshall salió del dormitorio al gabinete y cogió el sombrero.

—¿Quién lo registró? —dijo con voz alta.

George salió en pos de Martha.

—Yo, marshall.

—¿Usted? ¿Por qué lo hizo, Watson? Deme lo que encontró aquí.

—No encontré nada… Doctora, ¿quiere decírselo usted?

—Es cierto, marshall. El señor Watson rasgó el forro y examinó el sombrero detenidamente, pero no encontró ningún papel ni otra cosa.

Los ojos de Endicott destellaban intensamente.

—¿Por qué vino a casa de la doctora, Watson?

—Comprendí que la presencia de Charles Orrin iba a ser muy mala para ella. Me llegué para ayudarla, y no me arrepiento de haberlo hecho. Esos dos hombres que maté eran gentuza de la peor calaña. Habrían cometido una barbaridad con la doctora de haberla encontrado a solas.

—Tiene usted razón, señor Watson —convino Martha—. Le doy las gracias.

El marshall tenía que hacer grandes esfuerzos por disimular la rabia que lo poseía.

—Martha, ¿quiere repetir exactamente lo que dijo Orrin?

—Sí. Con mucho gusto.

George carraspeó.

—Bueno, yo no hago falta.

—¿Adónde va, Watson?

—A tomar un trago en el saloon.

—No salga de la ciudad.

—No se preocupe, marshall. No pensaba hacerlo. Ya sabe dónde encontrarme, en el saloon o en el hotel Victoria… —Miró a la joven —. Espero que se mejore de su mareo.

Luego salió de la casa.

CAPÍTULO XIII

George Watson se encontraba en el saloon de Edgar Nobby. Le hacía compañía una girl rubia, Susan, bonita, atractiva.

Mientras dialogaban, George estaba atento a la gente que entraba en el saloon. Ya había visto llegar a tres fulanos de feo aspecto, y ahora entraron otros tres. Los lobos se daban cita. Pero había otro proverbio. Los lobos se comen entre si cuando tienen hambre y hay una sola pieza que disputar.

Vaticinaba que los dos grupos de a tres se enfrentarían tarde o temprano, y la ocasión llegó cuando uno de los que integraban el primer grupo tropezó con uno de los del segundo.

—¿Por qué no se fija dónde pone la pezuña? —dijo desabridamente el hombre que había recibido el golpe.

El que había tropezado con él, un pelirrojo de anchas espaldas, rió.

—Palabra que nunca había tropezado con un cerdo. Pero la culpa no es mía. Sólo deberían dejar entrar a hombres.

El que había sido llamado cerdo, dejó el vaso en el mostrador. Sus dos compañeros se prepararon.

Los tres componentes del otro grupo también abandonaron los vasos y flanquearon a su amigo.

Los seis hombres se miraron entre sí retadoramente, y de pronto, todos ellos tiraron del revólver.

El saloon se llenó de aullidos de muerte y silbidos de bala.

George se lanzó sobre Susan, protegiéndola, y la arrojó al suelo.

Cinco hombres estaban muertos. Sólo había quedado uno vivo, uno alto, moreno, que formaba parte del segundo grupo.

El marshall entró con el revólver en la mano y al ver al que había resultado vencedor, dijo:

—Frankie, ¿qué haces aquí?

—Estoy de visita.

—Te advertí que no pusieses los pies en el pueblo, y que te quedases en el Pozo del Diablo.

—Últimamente me aburría mucho en el Pozo del Diablo y decidí dar una vuelta por esos mundos.

—Y pensaste que en Eferding serías bien acogido.

—¿No lo soy, marshall? —sonrió Frankie—. Gracias a mí, han muerto cinco requeridos. Écheles un vistazo, marshall.

—Te voy a detener, Frankie.

—¿Por qué?

—Por matar.

—Oiga, marshall, hay un montón de testigos. Pregunte a ellos. Fue en legítima defensa. Si no saco el revólver, a estas horas estaría como ellos, listo para el ataúd…

—Dos de esos hombres vinieron contigo. Me lo dijeron afuera.

—Uno no puede elegir sus compañías, marshall, y le voy a recordar una cosa por si lo olvida. No soy requerido en ninguna parte. Me condenaron a tres años por aquel asalto y cumplí mi condena. ¿Tiene usted noticia de algún marshall que exija mi presencia física en su ciudad?

—No.

—Ahí lo tiene, marshall. Estoy tan limpio como un recién nacido después del primer lavado. Y debería darme las gracias por el trabajito que acabo de hacer en su obsequio.

—Frankie, sé que tuviste que ver con Charles Orrin.

—¿Quién se lo dijo?

—Fuisteis amigos hace un par de años.

—¿Y qué?

—Probablemente disteis algún asalto juntos.

—Pruébelo.

—No, no puedo probarlo.

—Entonces, no tiene nada contra mí.

—Sé que tú y Charles Orrin peleasteis y cada cual tiró por su lado.

—¿Ya terminó?

—No, falta algo.

—Adelante, marshall. Dese el gustazo de desembucharlo todo.

—Cuidado, Frankie, no me gusta que me falten al respeto.

Frankie hizo una reverencia.

—Marshall, no era mi intención ofenderle, y si quiere que le trate como a uno de esos aristócratas europeos, por mí no va a quedar.

—Una burla más y te meto en la cárcel.

—Está bien, ¿qué es lo que quiere decirme?

—Tú has venido aquí por Charles Orrin.

—¿Está aquí Charles Orrin?

Oscar hizo un gesto de exasperación.

—Sabes bien que herí a Charles Orrin. La noticia ha circulado. Tú la escuchaste y te llegaste aquí en busca del secreto de Orrin.

—No sabía que Charles tuviese un secreto.

—Su botín.

—Oh, no, marshall. Usted no sabe lo que dice. Orrin nunca tuvo un céntimo. Todo se lo gastaba.

—Y me vas a decir que estás aquí de paso.

—No. Vine por Orrin. Si va a morir, me gustaría quedar en paz con él. Por eso le solicito permiso para verlo.

—Amor fraternal, ¿eh?

—Sí, marshall. Puede llamarlo así.

—No me vas a engañar a mí, Frankie. Sé que odias a Orrin con todas tus fuerzas y, si pudieses, lo rematarías.

—¿No cree en mis buenos sentimientos?

—No.

—¿Piensa que soy incapaz de sentir afecto por un amigo?

—Te considero incapaz de sentir afecto por Orrin.

—Muy bien. Le voy a demostrar que se equivoca.

—No podrás demostrarlo.

—Y yo le digo que sí —dijo Frankie, y arrojó el revólver a los pies del marshall.

—¿Qué pruebas con eso? —preguntó Endicott.

—¿Es que no lo ve? Entraré en la habitación de Orrin sin Colt. Quiero estar con él, cuidarlo.

—Te he dicho que no es posible.

—Maldita sea, ¿es que no ve ahí el revólver…? ¿Piensa que tengo guardado un cuchillo? Es eso, ¿eh? Cree que, en cuanto me encuentre a solas con Orrin, sacaré el cuchillo y se lo hundiré hasta

el mango… Me prestaré a que me registre. ¿Lo oye bien? Regístreme de la cabeza a los pies. Sí, me quitaré hasta la camiseta, para que pueda comprobar que no guardó entre mis ropas ningún arma.

—Termina ya la comedia, Frankie.

—No tiene derecho a decir eso. Usted me amenazó antes porque lo ofendí. Ahora me está ofendiendo usted.

—Disculpa, Frankie —dijo el marshall con cierta ironía.

—Está perdonado. Ande, lléveme al lado de Orrin.

—No, Frankie, no te voy a llevar porque él está detenido.

—¿No está moribundo?

—Sí, está moribundo y la doctora que lo asiste le prohibió las visitas.

Frankie se masajeó el mentón.

—Marshall, esto que me hace está la mar de feo, y espero que cambie de opinión cuando Orrin mejore.

—Resultará difícil.

—¿Es que va a morir?

—Hay más probabilidades de que muera. Recibió dos balas en el pecho.

—Se las metió usted, ¿eh, marshall?

—Sí. ¿Algo que oponer?

—No, marshall. No opondré nada. Si usted disparó contra Charles es porque tendría sus motivos.

—Orrin no debió venir aquí después de haber pegado el asalto en Dome Creek.

—No se preocupe, marshall. No se lo voy a tener en cuenta.

—Eres muy amable conmigo, Frankie —ironizó otra vez el marshall.

—¿Puedo coger mi revólver?

—Puedes, ya que no tengo nada contra ti.

Frankie avanzó hacia el «Colt» que estaba a los pies de Oscar y lo devolvió a la funda.

—Frankie —dijo Endicott—. ¿Cuánta gente más vendrá por aquí?

—No lo sé. Pero si Orrin dura, ya puede estar seguro de que se reunirán bastantes invitados. Orrin era un tipo simpático y tenía muchos, amigos.

—Y enemigos.

—También es verdad. Pero cuidado, marshall, no me incluya en el segundo grupo.

—Claro que no, Frankie. Lo has dejado bien claro. Eres un hombre que apreciaba mucho a Orrin.

El viejo Isaías entró canturreando en el saloon. Se detuvo al ver los cadáveres en el suelo.

—Caramba, más fiambres… Eh, Marshall, usted no se priva de nada.

—Esta vez no fui yo, Isaías. De modo que no me felicites.

—Necesito un trago.

—¿Más de los que llevas encima?

—Me asustan los disparos y hoy se están oyendo muchos en la ciudad… Me voy con mi amiga Susan.

El viejo cruzó el saloon y fue hacia la mesa de Susan y Watson.

—Hola, Susan, ¿puedo sentarme?

—¿No ves que estoy con mi cliente?

—No se preocupe, abuelo —intervino Watson—. Puede sentarse con nosotros.

Isaías cogió el vaso de Susan.

—Con permiso —dijo, y lo vació de un solo trago.

La joven chilló:

—Eh, Isaías, no te invité a beber mi *whisky*.

—Las chicas como tú no deben beber tanto alcohol. Se estropean el estómago. Recuerda que las normas de la casa es que bebáis agua teñida.

—Esto no es Abilene. Es allí donde se bebe agua teñida. Aquí bebemos *whisky*.

Los empleados de la funeraria se estaban llevando los cadáveres.

—¿Quieres algo para Spencer, Susan? —dijo Isaías—. ¿Te vas a la montaña?

—Sí. Ya ha llegado el momento de ver las trampas. Las coloqué hace tres días. Seguro que cojo una buena remesa de lobos. Pero los rancheros pagan muy mal. Un solo dólar por pieza. ¿Crees que hay derecho a eso? No pagan ni los gastos…

—¿Por qué no te vas ya?

—De acuerdo. Me iré. No me gusta estar en un sitio donde resulto molesto… Con permiso. —Isaías cogió la botella y se sirvió

otro *whisky*, que despachó en un suspiro—. Y entérate de una cosa, Susan. Aunque me hubieses dado recuerdos para Spencer, no se los daría por comportarte así conmigo. Sí, muchacha, no pienso desviarme por Sombrero. Hasta la vista… Y gracias por el *whisky*.

Isaías andó hacia la salida, tambaleándose.

George tenía los ojos fijos en el viejo.

—Perdona un momento, Susan.

—¿Adónde vas?

—Ayudaré a Isaías hasta que llegue al caballo o se caerá en la calle.

Watson salió en pos del viejo.

Isaías iba canturreando por la acera de tablones.

George lo alcanzó cuando doblaba por un callejón.

—Eh, no tengo dinero… —dijo Isaías, y al reconocer a George dijo—: Menudo susto me pegó. Creí que era uno de esos salteadores que están llegando al pueblo.

—Isaías, ¿qué es eso de Sombrero?

—¿Sombrero?

—Dijo que no se desviaría por Sombrero para saludar a Spencer.

—Oh, se refiere a eso… Sombrero es un lugar cincuenta millas al norte de esta ciudad, cerca de las montañas…

—¿Y por qué se llama Sombrero?

—¿Por qué va a ser? Porque hay una roca que tiene forma de sombrero.

—¿Vive alguien allí?

—No. Es un lugar inhóspito.

—Pero usted habló de Spencer.

—Spencer no vive en Sombrero, sino cuatro millas más al norte. Tiene allí su cabaña.

—¿A qué se dedica?

—A lo mismo que yo. Caza lobos. Los rancheros nos pagan a dólar la pieza. Ya sabe, los lobos atacan los rebaños. Gracias a Spencer y a mí, la región está bastante saneada de lobos… Spencer y yo tenemos trampas en común. ¿Es que piensa dedicarse a cazar lobos? No se lo aconsejo, muchacho. Spencer tiene sesenta años y yo tengo sesenta y cinco. Es una profesión para hombres como nosotros, que no tienen nada que hacer en la vida. Usted es joven.

George estaba dejando hablar a Isaías porque daba vueltas a sus

propios pensamientos.

—¿Cuándo irá a la montaña, Isaías?

—Me disponía a ir ahora.

—Me gustaría conocer la clase de negocio a que se dedica. Lo acompañaré a Sombrero.

—Está bien. Venga conmigo. ¿Dónde tiene su caballo?

—En el establo de Douglas.

—Justo donde tengo el mío.

El establo de Douglas se ubicaba en aquel callejón.

Estaba muy oscuro y el abuelo tropezó con una piedra y habría caído si George no lo hubiese sujetado.

Llegaron al establo. Isaías gritó:

—¡Eh, Douglas!

Pero Douglas, el dueño del negocio, no le contestó:

—Douglas es un tarugo. Ya está durmiendo… Se pasa más de catorce horas en la cama… Tendremos que ensillar los animales.

Cada uno se fue adonde estaba su caballo y se pusieron a ensillarlos.

* * *

Cuando George Watson hubo salido del saloon tras del viejo Isaías, el marshall se acercó a Susan, la girl.

—¿De qué hablaban?

—¿Quiénes?

—Isaías y George Watson.

—Oh, ya conoce al abuelo. En cuanto bebe un poco más de la cuenta, está hablando de su negocio, de la cacería de lobos.

—¿Es eso lo que le interesaba a Watson?

—¿Por qué lo quiere saber, marshall?

—Yo pregunto y tú contestas, Susan. Soy el representante de la ley y están ocurriendo sucesos sangrientos en mi ciudad. ¿Te basta con eso?

—Oh, sí, desde luego.

—Pues sigue respondiendo a mis preguntas.

—En realidad, a Watson no le interesaba nada del negocio de Isaías. Quiero decir que hablaban por hablar, y el abuelo aprovechó su oportunidad para beber dos vasos de *whisky*. Menudo fresco…

—Pero George Watson fue con él.

—Sí, para ayudarle a llegar hasta el caballo.

—Muy caritativo el chico —comentó Oscar Endicott, los ojos entornados.

Susan dijo con voz monótona porque para ella no tenía ninguna importancia:

—Afeé su conducta a Isaías y me dijo que no saludaría de mi parte al otro viejo, ya sabe, a Spencer, el que vive más allá de Sombrero.

Oscar miró fijamente a los ojos de Susan.

—Sombrero —repitió.

—¿Qué le pasa, marshall?

—Nada, pequeña. No tiene importancia. —Endicott se levantó —. Gracias por todo.

—No hay de qué, marshall. Ya sabe que yo soy una ciudadana que sabe cumplir con las leyes, sobre todo las de moralidad.

El marshall ya estaba andando hacia la parte del mostrador en donde estaban los dos tipos que había buscado para realizar su negocio, Charles Benson y Lawrence Weekin.

—Muchachos, tenéis que ir inmediatamente al establo de Douglas.

—¿Para qué? —preguntó Lawrence.

—Ese forastero, George Watson, fue con el viejo Isaías. No puedo daros las razones ahora, pero Watson se ha convertido en un tipo peligroso. Hay que quitarlo de en medio… No podéis fallar. ¿Qué estáis esperando? ¡Daos prisa!

—Sí, señor, a sus órdenes —dijo Benson haciendo una señal a Lawrence.

Los dos hombres se apartaron del marshall y se dirigieron hacia la calle.

Poco después torcían por el callejón donde se ubicaba el establo de Douglas. Se deslizaron en el interior.

Oyeron cantar a Isaías hacia la derecha y luego una voz que decía:

—Eh, Watson, le gustará la cacería de lobos.

—Seguro —contestó el forastero por el lado contrario, a la izquierda.

Benson y Weekin sacaron el revólver y caminaron junto a la pared, hacia el lugar donde se encontraba Watson.

CAPÍTULO XIV

George oyó un suave chasquido a su espalda y se arrojó al suelo. Era su costumbre cuando se encontraba metido en un lío, y a eso debía seguir viviendo.

Esta vez también le sirvió.

Oyó un estruendo y vio los fogonazos, y las balas silbaron a su alrededor, mientras daba vueltas por la paja.

Entre vuelta y vuelta, se puso a mandar plomo, y lo hizo en abundancia hasta que su gatillo golpeó en vacío.

Oyó cómo dos cuerpos se desplomaban y luego un silencio.

Isaías había dejado de cantar y preguntó haciendo un gallo con la voz:

—¿Watson, sigue vivo?

—Sí.

—Entonces es que tiene un buen amuleto.

Isaías llegó corriendo, justo cuando se levantaba Watson.

—Eh, George, aquí hay dos fiambres.

Watson vio los dos cuerpos que estaban tendidos en el suelo, echando sangre por los agujeros.

Isaías se agachó y les puso la mano en el pecho.

Se levantó diciendo.

—No han tenido tiempo ni para despedirse de su abuela.

—¿Los conoce, Isaías?

—Son Lawrence Weekin y Charlie Benson, dos vagos de profesión. Se han dicho muchas cosas feas de ellos, que si asaltaron, que si robaron… Pero nunca han hecho sus trabajos en la comarca. Por cierto, estaban en buenas relaciones con el marshall.

—¿Cómo lo sabe, Isaías?

—Porque, sin ir más lejos, los vi hace poco en la oficina del

marshall. Yo pasé por la acera y me asomé por la ventana. Estaban hablando amigablemente con Endicott. Parecían muy amigos.

Oyeron que corrían por el callejón y, poco después, el hombre del que hablaban, el marshall Endicott, entró en el establo con el revólver en la mano.

Se detuvo al ver los cadáveres en el suelo.

—¿Qué pasó?

—¿No lo sabe, marshall? —preguntó George a su vez, mirándole a los ojos.

—¿Cómo voy a saberlo si acabo de llegar, Watson?

—Tengo un revólver en la mano —le recordó George.

Estaban enfrentados, cada cual con el «Colt» en la diestra, apuntándose recíprocamente.

El silencio fue respetado hasta por Isaías.

—Entiendo —dijo el marshall—, estos dos hombres y usted, Watson, tenían una cuenta pendiente.

—Es posible.

—¿Qué dices tú, Isaías?

—Lawrence y Charlie quisieron asesinar a Watson. Le dispararon a traición, pero George ha probado que es un tipo de categoría.

—No dudo que lo es… ¿Iba de viaje, Watson? Si lo pensó, tendrá que renunciar. Le dije que no saliese de la ciudad. Las cosas no han cambiado.

—No se preocupe, marshall. No saldré. Sólo vine aquí para acompañar a Isaías hasta las afueras. No se encontraba muy bien.

—Isaías está acostumbrado a hacer su camino a los cepos sin necesidad de ayuda, aunque haya bebido una botella de *whisky*.

George pegó una palmada en el brazo de Isaías.

—Ya nos veremos, abuelo. Que cace muchos lobos.

—Y yo también \o deseo que los siga cazando —repuso Isaías mientras señalaba a los muertos.

George dio media vuelta y salió del establo. Había aceptado quedarse de momento. De otra forma se tenía que haber enfrentado con el marshall. Pero al cabo de un rato, volvería al establo y emprendería el camino.

¿Por qué no le pedía un caballo a alguien? Claro. Instantáneamente, apareció en su mente el nombre de la doctora Martha Korthy.

Se dirigió hacia su casa.

La primera vez había entrado por la ventana de un dormitorio y la segunda vez por una ventana del gabinete… ¿Por dónde entraba ahora?

¿Habría asegurado la doctora la ventana del gabinete? La persiana estaba echada. Probó y tuvo éxito. No, no había tomado ninguna medida.

Empujó la persiana que era de las que se manipulaban con un cordel, procurando no hacer ningún ruido.

Al fin pudo ver a la doctora y se llevó una sorpresa. Usaba gafas para leer.

Martha Korthy estaba sentada a una mesa, ante un libro muy grueso. Leía con voz perfectamente audible, aunque suave:

> «El amor tiene una gran importancia si tenemos en cuenta los efectos que produce en las glándulas…».

—Eso es interesante —dijo George.

La joven dio un respingo y miró a Watson con los ojos muy abiertos.

—Eh, ¿por dónde entró esta vez?

—Está muy bonita con las gafas.

—¡Señor Watson! —exclamó Martha, y se quitó las gafas.

—¿Por qué hace eso? Entiendo, no le gusta que los hombres la vean con gafas. Hay muchas mujeres así, pero ellas no saben que, muchas veces, las gafas resultan atractivas. Usted está en ese caso. Su belleza gana. Le da cierto aire interesante.

—¿Usted cree? —repuso Martha con voz suave, pero reaccionó en seguida—. ¡No consiento que me diga eso!

—¿Y por qué no, doctora…? ¿Qué está leyendo?

—No le importa a usted.

—La escuché. Estaba leyendo algo sobre el amor, pero ahí aprenderá muy poco.

—¿Cómo se atreve a opinar de este libro que está escrito por una autoridad en la materia?

—¿Por quién?

—Por el doctor Yamamoto.

—Un japonés, ¿eh?

—¿Acaso cree que un japonés no puede amar?

—Oh, sí, claro. Aman mucho, a juzgar por la población que tienen. Según he oído decir, llegará un día en que no cabrán en sus islas… Lo que yo quería decirle es que usted no es japonesa. Debe asesorarse desde el punto de vista de su raza, del ambiente en que vive, con los hombres con los que trata. ¿O se va a casar con un japonés?

—No.

George se estaba acercando a Martha y se inclinó, apoyando los codos en la mesa.

—Hay cosas que se deben aprender en la vida y no en los libros, doctora.

—¿Usted cree? —dijo Martha con voz temblorosa.

—Ya lo creo que creo… ¿Cómo va a saber si el profesor Yamamoto dice la verdad si no pasa por la experiencia?

—Tiene usted toda la razón.

—¿Verdad que sí? —dijo George, y acercó su cara más a la de Martha.

—Un día de estos voy a poner en práctica sus consejos, señor Watson.

—¿Y por qué no ahora? —sugirió George.

—No puedo. Ya lo ve, estoy estudiando.

—Pues haga una pausa en el estudio.

—Me temo que no puedo hacerla.

—Qué lástima —repuso George, y la besó en los labios.

Así permanecieron unos segundos, y luego él se apartó y dijo:

—Me gustaría mucho darle lecciones prácticas respecto al amor, doctora.

—Otro día.

—Eso es. Otro día —dijo George, y la volvió a besar.

—Señor Watson…

—Diga, doctora…

—¿Cómo está usted?

—Muy bien. ¿Y usted?

—No lo decía en ese sentido, sino desde el punto de vista médico. Recuerda que estamos haciendo un experimento.

—¿Se refiere a las glándulas?

—Claro.

—La verdad es que yo no entiendo de glándulas, Martha. ¿Quiere que se lo explique a mi manera?

—Hágalo.

—Tengo unas ganas enormes de volverla a besar.

—¿No cree que ya me besó bastante?

—Oh, no, de ninguna forma.

—Le prohíbo que lo siga haciendo —dijo Martha, pero sus palabras sonaban muy débiles.

—Está bien. Si me lo prohíbe, ¿qué le vamos a hacer…? —dijo George, y volvió a besar los labios que ahora Martha había dejado entreabiertos.

Capítulo XV

Martha y George iban por el sexto beso. Seguían en la misma posición, ella sentada en la silla y él inclinado sobre la mesa. A George le dolía la espalda, y se quejó.

Fue bastante para romper el encanto.

—¿Qué es lo que está haciendo, señor Watson?

—¿Un fallo de memoria, Martha?

—¿Cómo se atreve?

—¿Ya no se acuerda de que estamos haciendo un experimento?

—Es usted un aprovechado.

—Sí, confieso que lo soy.

—¿Me ha tomado por una girl?

—Oh, no, de ninguna forma. Usted es muy distinta a una girl… Usted es sensacional, usted es de las que tiran de espaldas… —dijo George masajeándose la columna vertebral, y volviéndose a quejar.

—Señor Watson, usted me iba a ayudar.

—Y es lo que intento.

—No me repita que siente nuevos deseos de besarme.

—Pues es la verdad.

—¿Qué más siente?

—Algo que no había sentido hasta ahora.

—¿De veras?

—Se lo puedo jurar, Martha.

—Trate de definirlo.

—No lo haré con frases científicas.

—No importa. Dígalo en su estilo.

—Doctora, me ha pegado usted en toda la cresta.

—¿Cómo?

—Tengo la impresión de que no puedo vivir sin usted.

—George, ¿es cierto?

—Sí.

—¡Yo empiezo a sentir lo mismo, George!

—¿También te he pegado en la cresta?

—Sí, George… Me he enamorado de ti… Cielos, ¿cómo ha podido ocurrir?

—Como ocurren estas cosas, Martha. Un hombre y una mujer se ven y empiezan a decirse cosas con los ojos…

—¿Qué me dijiste tú con los ojos, George?

—«Doctora, es usted fenomenal».

—¿Qué más?

—Será mejor que me calle. No te va a gustar.

—Dilo.

—Está bien. La segunda frase que te dirigí fue: «Doctora, me la comería a usted».

—¡George!

—Ya te advertí que no te gustaría.

—Eso es lo malo, que me gusta, aunque espero que no lo lleves a la práctica. No quiero tener un marido antropófago.

George tragó saliva.

—¿Has dicho marido?

—Sí.

—Martha, yo… Verás, soy un tipo muy vagabundo. Ya sabes, de esos que van de una parte a otra…

—¿Es que no te vas a casar conmigo?

—Es lo que más me agradaría en el mundo, pero hay que sopesar las cosas en un acto tan importante. Es lo que me decía mi madre.

—¿Qué te decía?

—«Hijo mío, ten cuidado con lo que te pescas».

—Conque la pesca, ¿eh?

—En sentido figurado.

—Y yo soy el pez que ahora ha tragado tu anzuelo.

La joven se levantó de un salto.

—¡Ahora te conozco bien, George Watson! ¡Todo lo tuyo era una fábula! ¡Sólo querías engatusarme para pasar un buen rato!

—Bueno, he ido un poco de prisa. Quiero decir que empezamos la escena como un experimento, y ahora resulta que ya has hablado

de matrimonio. ¿Lo entiendes? A eso se refería mi madre, a que a veces surgen sorpresas cuando un hombre besa a una mujer.

—La sorpresa me la estás dando a mí, George. Pensé por un momento que te habías metido aquí para hacerme el amor. Pero me equivoqué. Dime, ¿a qué viniste?

—A por un caballo.

—¿Qué? —exclamó Martha.

—Sí, Martha, también oíste bien esta vez. Vine para que me prestases un caballo…

—Entiendo. Me ibas a proponer la fuga.

—No, Martha. Necesito el caballo para mí solo. Quiero hacer una visita.

—¿Y tu caballo?

—No puedo usarlo. Me lo prohibió el marshall.

—Así que de lo que se trata es de que te vas a marchar de Eferding.

—No, cariño.

—No me llames cariño.

—Está bien, preciosidad, te lo voy a contar.

—¡No me llames preciosidad!

—Eh, no querrás que te llame doctora otra vez, como al principio… Te llamaré Martha. ¿Estás conforme?

—Sí.

—Verás, dulzura. Perdón, Martha… He de ir a cierto lugar donde tengo la impresión que Charles Orrin escondió su botín de sesenta mil dólares.

—¿Qué lugar es ése?

—Será mejor que no te lo diga.

—¿No dijiste que ibas a repartir conmigo?

—Sí, estoy dispuesto a repartir.

—¿Por qué entonces no me dices el sitio adónde vas?

—Para no traerte complicaciones… Cada vez está llegando más gente a la ciudad dispuesta a utilizar el revólver. Temo por ti, Martha. Ni siquiera deberías estar en esta casa.

—No me puedo marchar porque he de atender a mi paciente.

—Eso es lo malo. Que tu paciente puede ser la causa de que recibas a la gentuza. El marshall debió ponerte una guardia especial. ¿Por qué no lo hizo?

—Se me ocurre una cosa mejor. Quédate tú.

—Oye, Martha, yo tengo que ir a ese lugar, pero regresaré enseguida. Me daré mucha prisa. Cuando vuelva, me quedaré a tu lado.

—No quiero tenerte a mi lado. Ni tampoco te voy a prestar el caballo si no me dices adonde vas.

—No te lo diré, y si me obligas, te robaré el caballo.

—¿Tú robarme…?

—Sí, yo.

En aquel instante se abrió la puerta que comunicaba con el vestíbulo de la casa y entró un hombre exhibiendo un revólver en la zurda. Cerró a sus espaldas y dijo con una sonrisa:

—Permítame que me presente… Soy Frankie Vincey.

—Ya lo conozco —dijo George—. Lo vi pegar tiros en el saloon.

—¿Y qué tal lo hice?

—Bastante bien. Pero ése no es motivo para que esté siempre con la pistola fuera. Guárdela. Ahora está en casa de la doctora Korthy.

—No tenía la menor idea de que la doctora fuese una mujer tan preciosa.

—Le agradezco mucho su requiebro, señor Vincey —repuso Martha—, pero debo decirle que fue mal informado acerca de las horas de mi consulta.

—¿Sí?

—Yo recibo a mis pacientes de nueve a doce de la mañana… Pero no se disculpe. Es lógico su despiste siendo un forastero. Márchese y vuelva mañana.

—No puedo, doctora Korthy. Tengo una dolencia que me está fastidiando mucho.

—Su aspecto es muy bueno, señor Vincey. No tiene por qué asustarse, y para que vea que me preocupo de usted, le daré el número uno. Así mañana no tendrá que esperar. Lo recibiré en seguida que llegue.

—Entonces sería demasiado tarde.

Marta dio un suspiro.

—Está bien. Dígame cuál es su dolencia.

Frankie seguía empuñando el revólver y contestó:

—Doctora, tengo un dolor de cartera que me aprieta mucho. La

tengo vacía y, de pronto, me he dado cuenta de que con la medicina apropiada mejoraré mucho. Con sesenta mil dólares. Es éste el único lugar donde puedo encontrar los sesenta mil dólares que me van a poner como nuevo.

CAPÍTULO XVI

Martha dijo:

—Ya sé de lo que está usted enfermo, señor Vincey.

—Lo celebro.

—De la cabeza.

—¿Eh?

—¿Cómo es posible que haya pensado que yo puedo tener aquí sesenta mil dólares? Está claro, señor Vincey. Tiéndase en el sofá. Le haré un examen completo.

—No es necesario, doctora.

—Oiga, señor Vincey, soy yo quien da las órdenes en este gabinete. Recuerde, usted ha venido aquí como enfermo.

—No continúe la broma, doctora, o le mancho la bata.

George movió la mano hacia el revólver aprovechando la conversación entre Vincey y Martha.

—Quieto, Watson, o lo dejo sin pulmón izquierdo —dijo Frankie —. Y eso sería muy malo para usted porque también le tocaría el corazón.

George retiró la mano de la funda y dijo:

—Frankie, márchese ahora que puede.

—El niño hizo una gracia, ¿eh?

—Le aseguro que sería conveniente para su salud.

—No se ponga en el lugar de la doctora. Es ella quien se ocupa de la salud de las personas que recibe en su casa.

Martha intervino:

—Mi consejo es el mismo que el de Watson. Lárguese, señor Vincey, y olvídese de mi consulta y de que existo.

Frankie soltó una risita.

—Me falta decirles algo. Escuché a través de la puerta durante

un rato y me llegaron a emocionar con su escena amorosa. Eh, doctora, usted no se priva de nada.

—Puerco.

—¿Qué culpa tengo yo de emocionarme con cierta clase de escenas? Usted le puso mucha pimienta, doctora. Y es lo que a mi me gusta. Mucha pimienta.

—¿Ya terminó?

—No, doctora. Le estaba diciendo que pegué la oreja a la puerta y, aparte de la escena de «tira y dame», escuché lo que decía Watson acerca de que necesitaba un caballo para ir a cierto sitio donde están escondidos los sesenta mil dólares. ¿Se dan cuenta? Cuando hablé de los sesenta mil dólares que me iba a recetar me refería a eso.

Martha levantó la barbilla.

—No puedo decirle nada porque no sé nada.

—Aceptada la respuesta de la doctora linda. —Frankie fijó los ojos en el rostro de George—. Pero tú vas a contestar de otra forma, ¿verdad, Watson?

—No.

—Tú sabes dónde están los sesenta mil dólares, puesto que le pedías prestado un caballo a la doctora para ir por ellos.

—No sé a qué te refieres.

—Qué pena —dijo Vincey, y apuntó con el revólver a la joven.

—Cuidado, Frankie, se te puede disparar —rezongó George.

—Soy un buen gun-man y sólo saldrá la bala si yo quiero. Pero voy a querer, Watson. Sí, voy a apretar el gatillo, si en tres segundos no me dices el lugar en donde Charles Orrin enterró los sesenta mil dólares… Uno… Dos…

—Sombrero —dijo Watson.

Frankie arrugó el ceño.

—Tú estás enamorado de la doctora, pero te vas a quedar sin ella. Conozco la clase de tontería que hacía Orrin con su sombrero. Lo echaba al aire y disparaba sobre él. Siempre lo consideré un pasatiempo estúpido…

—No me parece a mí tan estúpido —dijo George—. Al fin y al cabo, aquí fue donde se le cayó el sombrero y, si las cosas no se arreglan para él, en Eferding lo van a enterrar.

—Contaré hasta tres y esta vez no me va a detener tu verborrea, Watson. Te quedas sin doctora, como yo me quedé sin abuela… Uno… Dos…

—Al decir Sombrero me refería a un lugar que está a cincuenta millas de aquí.

—Has fallado, Watson. Dijiste otra tontería.

—¡Si no conoces la comarca, pregunta a otras personas! Yo tampoco la conocía y un viejo cazador de lobos llamado Isaías me mencionó ese lugar, Sombrero…

Hubo una pausa.

—Sería preferible que no me engañases, Watson.

—No te engaño, Frankie.

—Espero que no.

—Tú te vas allí, nosotros nos quedamos aquí, y todo acabará bien, puesto que habrás conseguido los sesenta mil dólares que viniste a buscar. Buena suerte.

Vincey se echó a reír.

—¿Crees que lo voy a arreglar así, Watson?

—Es de la única forma que lo puedes arreglar.

—No, Watson, hay otro medio para saber que no me engañas.

—¿Y cuál es ese medio?

—Me llevaré a la doctora.

—No puedes llevártela.

—Es por si me pongo malito en el camino.

Martha intervino:

—No iré con usted, señor Vincey.

—Y yo te digo que sí. ¿Vienes o te defunciono?

—Voy.

—Eso creía.

George apretó los puños.

—Frankie, tú solo no podrás con el asunto.

—¿Tú crees que no?

—Te ofrezco mi ayuda.

—Ayuda rechazada.

—Hay demasiada gente metida en este jaleo, Frankie.

—Yo le saqué ventaja a todos.

—Menos a uno.

—Nadie conoce el escondite de los sesenta mil dólares porque

estoy seguro de que no lo has dicho por ahí. Es un secreto que no has querido compartir ni con tu amor, la doctora.

—Pero hay una persona que está informada del escondite sin necesidad de que yo haya soltado prenda.

—Oh, sí, claro. Charles Orrin.

—No me refería a Charles Orrin. Es otra persona. El marshall de Eferding.

—Me quieres meter miedo, ¿eh?

—Te aseguro que es la verdad.

—No puedes demostrarlo.

—Claro que puedo.

—Inténtalo, Watson.

—Hace un rato me mandó dos pistoleros al establo donde yo tenía mi caballo. Me iba a dirigir a Sombrero. El marshall lo supo porque se lo dijo una girl, pero no podía dejarme solo, porque también él va detrás de los sesenta mil dólares.

—No me convences. Prefiero no correr riesgos contigo, y eso quiere decir que te vas a ir al otro mundo.

—¡No puede matar a Watson! —gritó Martha—. ¡El le ha dicho todo lo que sabe!

—Sí, estoy seguro de que me ha dicho lo que sabe, pero esta profesión es muy dura, nena. Cuando uno va detrás de una cantidad de dinero tan grande hay que quitar a los enemigos de en medio.

—Watson renunciará a los sesenta mil dólares, ¿verdad, George?

—Claro.

—¿Lo ha oído, señor Vincey?

Frankie no perdió el buen humor.

—Sí, lo he oído perfectamente. El está dispuesto a renunciar al dinero, pero nunca renunciará a ti, doctora.

—También renunciará, ¿verdad, George?

—Está renunciada.

—Muy divertido, muy gracioso, muy simpático —dijo Frankie—. El pistolero se enamora de la doctora, la doctora se enamora del pistolero, y los dos luchan para que uno de ellos, el pistolero, conserve la vida. Pero no me enternecen esta clase de escenas. Siempre las he encontrado ridículas, cursis como las de un mal folletín. Por eso la voy a acabar.

George se arrojó hacia la ventana mientras Frankie ponía en

marcha la primera bala.

Vincey siguió disparando cuando Watson ya había desaparecido y Martha lanzó un grito de angustia. Ahora supo mejor que nunca que aquel forastero, George Watson, había ganado su corazón.

CAPÍTULO XVII

El marshall de Eferding, Oscar Endicott, observó la roca con forma de sombrero. Sonrió. Ya había llegado a su destino, al lugar en donde Orrin había escondido su dinero, toda una fortuna.

George Watson le había hecho un favor al quitar de en medio a Charles Benson y a Lawrence Weekin. Sí, Watson le había ahorrado el trabajo.

Iba a hacer el mayor negocio de su vida porque, a los veinticinco mil dólares que Orrin había robado del Banco de Dome Creek, iba a sumar aquellos sesenta mil que Orrin había escondido, producto de largos años de asalto y robos.

Llevaba el equipo adecuado, el que necesitaba. Un pico y una pala.

Se quitó la camisa porque el sol pegaba fuerte.

A torso desnudo, se puso a cavar en la tierra, justo bajo aquella roca en forma de sombrero.

Al cabo de media hora, había ahondado hasta la cintura sin haber encontrado nada. Empezó a maldecir. ¿Y si George Watson y él habían dado demasiada importancia al supuesto informe? ¿Y si se trataba de una simple coincidencia? ¿Por qué tenían que estar relacionados aquella roca llamada Sombrero con la superstición de Orrin de disparar al sombrero para saber si iba a morir o seguir viviendo?

¿Se iban a dar tantas coincidencias? Charles Orrin hablaba de su enterramiento y aquel tesoro estaba enterrado…

El pico golpeó contra algo que resonó metálicamente.

Oscar continuó trabajando y luego apartó la tierra con las manos.

Era un cofre. Sí, un cofre. Se echó a reír, sujetándose los riñones

porque le dolían después del largo trabajo.

Todos sus esfuerzos iban a ser recompensados. No, no se trataba de ninguna coincidencia. Allí estaban enterrados los sesenta mil dólares de Charles Orrin.

Trabajó con la pala, apartando la tierra por los bordes.

La tapa del cofre quedó libre, lista para ser abierta. Había un candado y él no tenía la llave. Pero eso no debía de ser un obstáculo.

Sacó el revólver y disparó dos veces sobre el candado.

La tapa del cofre quedó abierta.

Devolvió el revólver a la funda y levantó la tapa.

Sentía la garganta reseca y sus ojos estaban brillantes.

Allí estaban los fajos de billetes, los dólares de oro. No podía contarlo ahora, pero no dudó que allí había sesenta mil dólares. ¡Lo había conseguido!

Rió histéricamente, y con tanta fuerza, que cayó de rodillas en el suelo.

—Eh, marshall, cuéntemelo y también yo reiré —dijo una voz ronca.

Oscar se volvió llevando la mano al revólver, pero no llegó a sacar porque el hombre que le hablaba le apuntaba con el «Colt». Era Frankie Vincey, y le acompañaba Martha Korthy.

—Frankie, ¿qué haces aquí?

—Todos vinimos a por lo mismo.

Martha estaba anonadada. La última vez que vio a George Watson fue cuando éste escapó por la ventana, mientras Frankie le disparaba una y otra vez. El forajido no había querido que ella fuese al jardín para saber si George estaba muerto o vivo. Durante el viaje, Martha había vuelto muchas veces la cabeza, pero nunca vio a su espalda a ningún jinete, y llegó a la conclusión de que George había muerto.

El marshall de Eferding se estaba poniendo rojo de ira.

—Frankie, este dinero es mío.

—Pues te felicito, marshall, porque es toda una fortuna.

—No obstante, repartiré contigo.

Frankie lanzó una carcajada.

—¿Lo oyes, doctora? ¿Quién ha dicho que no hay generosidad en el mundo? Aquí hay un representante de la ley con sesenta mil

dólares y está dispuesto a hacer una obra de caridad.

Oscar se humedeció los labios con la lengua.

—Es mucho dinero, Frankie. Hay para los dos.

—Pero será mucho mejor si lo gasta uno solo.

—Abandona esa idea.

—No, marshall. Luché a lo largo de mi vida, tuve que sufrir humillaciones. Un día, Charles Orrin me rompió la boca, me sacó unos cuantos dientes y me los tuve que poner postizos. Y en otra ocasión me quitó la mujer que yo había elegido para mí… Tú lo dijiste, marshall. Terminé con Charles Orrin. Yo habría preferido meterle una bala en la cabeza, pero no pude hacerlo. Tuve que renunciar porque Charles era mejor que yo con el revólver. Sin embargo, pensé que un día llegaría mi venganza, que me las pagaría todas juntas… ¡Y ese momento ha llegado! El está moribundo, puede que ya esté muerto, y yo me voy a quedar con todo su botín, marshall, y no lo repartiré con nadie…

—Estás haciendo la peor jugada.

—¿Sí?

—Los forajidos de Pozo del Diablo emprenderán tu persecución. En cuanto desaparezcas, sabrán que te has llevado el dinero de Orrin, y empezarán a buscarte, y terminarán por dar con tu pista.

—No, marshall, te equivocas. Nadie me dará alcance.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque me marcharé a Europa. Siempre he deseado conocer Italia. Allí están las ciudades más hermosas del mundo, y allí viven las mujeres más bellas. ¿Lo oyes, marshall? Me compraré un palacio, tendré a las mujeres más atractivas, más seductoras. Todo será para mí y no lo voy a compartir con nadie…

Frankie apretó el gatillo.

Oscar Endicott recibió la bala en el estómago.

Martha soltó un grito.

El marshall se desplomó sobre el cofre que contenía el botín de Charles Orrin.

—Es usted un asesino —exclamó Martha.

—¿Y qué era el marshall, nena? Yo te lo diré. Un canalla hipócrita.

—Ya lo tiene todo. Déjeme marchar.

—No, cariño. No puedo dejarte sola… Sabes demasiado. Si te

dejase volver al pueblo, todo el mundo sabría que me he puesto en camino con los sesenta mil dólares.

—¿Qué va a hacer?

—Eres una preciosidad, doctora, pero tienes que morir.

—¡No!

—Lo siento.

Frankie levantó el revólver para disparar de nuevo, y Martha abrió los ojos despavorida ante la inminencia de su muerte.

Se produjeron uno, dos estampidos.

Frankie Vincey se tambaleó porque había recibido los dos plomos, y uno de ellos se le había incrustado en el pecho, en el lado del corazón.

Cayó hacia atrás sin haber llegado a poner en marcha el plomo que destinaba a Martha.

La joven se volvió. Sus ojos se arrasaron en lágrimas y, al mismo tiempo, su boca esbozó una sonrisa.

Un hombre se acercaba a ella. George Watson.

Martha cayó en los brazos de él y se besaron en la boca.

Se separaron al oír un gemido.

Había venido del hoyo, donde estaba el cofre. Oscar Endicott se movía. No estaba muerto.

George saltó junto al cofre y el marshall lo miró con ojos que habían perdido toda su brillantez.

—Me cegó la ambición…

—Sí, creo que sí, marshall.

—Los veinticinco mil dólares’ del Banco de Dome Creek… en la Roca del Águila…, treinta yardas a contar desde el tercer pino…

Endicott no vivió para contar más. Dobló la cabeza y expiró.

* * *

George Watson recibió un diez por ciento de los veinticinco mil dólares que habían sido robados en Dome Creek, y de los sesenta mil dólares que Charles Orrin había acumulado durante muchos años, pero renunció a cobrar de Arthur Clauss.

Watson se fue a California como había pensado. Pero no hizo el viaje solo. Le acompañaba su esposa, la doctora Martha Korthy.

Debían su felicidad a una serie fortuita de hechos que se iniciaron cuando Charles Orrin mató a Wilma Clauss.

La justicia no tuvo necesidad de acabar con Orrin porque murió en el mismo momento en que el marshall de Eferding estaba recibiendo el castigo.

Charles Orrin fue enterrado en Eferding, y con ello, se cumplió lo que él había dicho. Lo fueron a enterrar en el lugar donde cayó su sombrero.

FIN